

## II

### **La conspiración republicana: cien, mil “watergates”**

El 12 de febrero de 1998 se celebró un almuerzo en torno a la presentación de un libro en el restaurante madrileño Jai Alai, uno de los establecimientos más significativos de la transición democrática española, por haberse celebrado en él a lo largo de aquellos años, innumerables reuniones y encuentros políticos en torno a comidas y cenas servidas por sus propietarios, una familia de restauradores vascos, los Bustingorri, de larga y antigua presencia en Madrid. Miguel Bustingorri, es, además, inspirado pintor de la realidad política y social española, de retratos de la Familia Real –la última incorporación a uno de sus grandes cuadros ha sido la de doña Letizia– con los tonos azules y verdes tan característicos de la pintura vasca o del expresionismo alemán de entreguerras.

Fue un día intenso, tras preparar con la editorial Espasa Calpe, su director general de entonces, Juan González y la directora editorial de libros de no ficción, Pilar Cortés, la presentación de “Veinte años no es nada. Textos y pretextos de dos décadas de democracia (1977-1997)”, volumen en el que este autor recogió más de dos décadas de textos variados –artículos *columnas*, editoriales, entrevistas, informes, reportajes, crónicas viajeras– como apretada muestra de veinte años de ejercicio del periodismo en el Grupo 16 a lo largo de la transición, oficial y protocolariamente iniciada con las primeras elecciones generales democráticas en casi medio siglo, las del 15 de Junio de 1977.

En uno de los comedores del restaurante se agrupó un nutrido grupo de periodistas y personalidades de distinto tipo. La presentación del libro, según anunciaba la invitación correspondiente, corría a cargo de tres personalidades políticas como eran el ex presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, el histórico líder de la UGT, Nicolás Redondo y el diputado y uno de los siete ponentes o “padres” de la Constitución de 1978, Gabriel Cisneros. La fecha elegida, el 12 de febrero, fue solo una curiosa coincidencia, derivada de la escasa disponibilidad de salones por parte del restaurante. Nada hubo de deliberado entre la elección de aquel día y el “Espíritu del 12 de Febrero”, de 1973, el primer atisbo aperturista del régimen anterior en el que Cisneros había actuado como uno de los llamados *jóvenes lobos* más en vanguardia de aquella efímera primavera política (en la que una de las víctimas fue, precisamente, uno de los integrantes de aquella generación reformista del régimen de Franco, Juan Luis Cebrián, entonces responsable de los

servicios informativos de TVE) después eliminada sin contemplaciones –junto a otros exponentes del reformismo del régimen anterior, que tendrían un relevante papel a lo largo de los primeros tiempos de aquella transición, Barrera de Irimo, Pío Cabanillas, Juan José Rosón en TVE, y también el citado Cebrián al frente de los servicios informativos– por los sectores más inmovilistas del régimen a partir del documento hecho público por el ex ministro de Trabajo de Franco, el dirigente falangista José Antonio Girón de Velasco y su famoso “*gironazo*”

Suárez no pudo acudir al acto por razones familiares conocidas entonces por todos, que tenían que ver con el estado de salud de su esposa, Amparo Iliana, que fallecería en el año 2001.

En la mesa presidencial, al lado de los presentadores y los responsables de la editorial, tomaron asiento Catalina Luca de Tena y Luis María Anson, entonces director aún de ABC, periódico en el que este autor colaboraba en aquel momento, que había escrito un elogioso prólogo: “En la alta competición del periodismo”. Anson se ocupó de leer la carta –papel timbrado en azul y leve relieve con la corona ducal sobre el escueto apellido en versales: SUAREZ– que Adolfo envió como explicación a su forzada ausencia, en la que el ex presidente quintaesenció su prevista y no consumada intervención. “Así como el establecimiento de la democracia en España tiene nombres propios –el del pueblo español y el de S.M. El Rey– las libertades de expresión e información que hace más de veinte años se instauraron en España también los tienen. Uno de ellos es el tuyo...” leyó Luis María Anson, con dicción lenta y cuidadosa. Tres días después de la presentación del libro, el 15 de febrero, domingo, el diario *El País* publica una información sorprendente.

En su página 25, a dos columnas, recoge el siguiente titular : “Anson: Fue necesario poner en riesgo el Estado para acabar con González”. Y en el antetítulo: “El ex director de Abc revela en la revista “Tiempo” la campaña de acoso”. Aquella información recogía una síntesis de la entrevista realizada por Anson a la revista “Tiempo” del grupo Zeta de Antonio Asensio que aún no estaba en los kioskos y venía a señalar que había existido una operación de acoso y derribo contra Felipe González por parte de un grupo de periodistas, operación que se desarrollaría en tres fases: acabar con el PSOE, acabar con la oposición, provocar la abdicación del Rey al cumplir los 60 años para, en un segundo paso, provocar la llegada de la República y lograr el posterior indulto de Mario Conde. Al haber transcurrido el tiempo y releer tales acusaciones resulta difícil no sonreír incrédulamente ante la gran cantidad de sandeces y sal gorda de la imputación. Lo de la abdicación del Rey y el indulto de Conde resultaban ciertamente cosas tan estrafalarias como la primera, porque uno de los más recalcitrantes perseguidores del Grupo 16 y sobre todo de este autor, cuyo nombre aparecía en las palabras de Anson vinculado a la surrealista y republicana conjura, era el de Mario Conde, banquero del que había padecido no sólo sus operativos desestabilizadores y su negativa más terminante a prestar cualquier tipo de auxilio, ni siquiera publicitario, a Diario 16, sino que fui objeto de recurrentes acciones judiciales suyas contra mi ante los tribunales. Y a pesar de todo, aquella operación se llevaría a cabo a través de media docena de

señores al parecer tocados de un poder inmenso, capaces de darle la vuelta a un país como si se tratara de una tortilla o un calcetín. Aquello, que en principio hubiera movido, como ahora, transcurrido el tiempo, a sonrisas –y que quedará como perpetuo estigma y bochorno para cuantos participaron en aquel infame y estrafalario linchamiento– era, en cambio, algo que había sido diseñado previa y cuidadosamente.

Mis relaciones con la República se habían limitado a simples contactos con gentes del exilio republicano en México en los años 70 y 71 –en los centros de la capital azteca o incluso en la Embajada de la República Española que visité varias ocasiones; hasta me fue extendido un pasaporte republicano, un documento prácticamente inservible, meramente sentimental, como recuerdo nostálgico de aquella embajada que ya no representaba a nadie, salvo a los ya numéricamente insignificantes restos del exilio– y más tarde, con figuras de la izquierda de conocida tendencia republicana. Comprometido por mi parte desde los comienzos de la carrera con la transición democrática y, por lo tanto, con la figura de su principal *motor*, el Rey Juan Carlos I, era, como todos, juancarlista, y especialmente a partir del 23F, por lo que la orientación republicana, la tentativa de hacer abdicar al Rey resultaba tan increíble –mucho tiempo después, Don Juan Carlos I estamparía su regia firma tras su afectuosa dedicatoria en el ya comentado ejemplar numerado que conservo de la Constitución de 1978, junto con las de Suárez y los siete ponentes constitucionales– que no podía producir otra cosa que asombro. Y, dicho sea de paso, y paradójicamente, la denuncia se formulaba desde zonas próximas a un partido supuestamente republicano como era el partido socialista.

La relación personal de este autor con Anson era excelente. Su participación había sido decisiva en muchos momentos delicados de Diario 16 en los que tuve que solicitar su auxilio para solucionar problemas económicos puntuales o de otro tipo del periódico en momentos tan dramáticos, desde julio de 1992 hasta enero de 1996. Y lo cierto es que siempre conté con su ayuda, que algunos intentaban desactivar calificándola de “interesada” y “teledirigida” por ciertos banqueros, poderes fácticos y no tan fácticos. Sin embargo, su apoyo sirvió para solventar momentos de crisis de índole económica que, sin comerlo ni beberlo, caían cada día en la mesa del director del periódico. Asimismo, el diario ABC por él dirigido, además de defenderme con más energía que ningún otro rotativo frente a la violencia de las huelgas de diciembre de 1993 y enero de 1994, otorgó a este autor el premio Luca de Tena en junio de 1995, por un texto editorial publicado en Diario 16 el año anterior. Tras ser cesado este autor el 31 de enero de 1996 como director de Diario 16, cuando mucha gente hizo visibles esfuerzos para que, al igual que muchos otros periodistas del Grupo 16, no me uniera al diario *El Mundo*, –¿Gutiérrez y Ramírez juntos otra vez? Eso es la bomba de fusión nuclear, había dicho un conocido dirigente socialista– en esos momentos siempre complicados y confusos cuando se abandona un grupo editorial en el que se ha permanecido más de veinte años, recibí una generosa oferta de colaboración de Anson en ABC, que acepté.

Durante más de un año, desde el 12 de mayo de 1996 hasta primeros de julio de 1997 este autor escribió en el periódico monárquico dirigido por Luis María Anson una sección semanal de comentarios políticos que aparecía cada domingo, “Panorama a babor”, una doble página –ilustrada por el escritor y dibujante Luis Pérez Ortiz, LPO– que el propio Anson, en su prólogo a “Veinte años...” había elogiado. Ciertamente, cuando Anson escribió estas líneas del prólogo, hacía ya meses que su sucesor en la dirección del periódico, Francisco Jiménez Alemán, había decidido suprimir aquella colaboración semanal y, al domingo siguiente, publicar un largo artículo, con idéntico formato y con el mismo emplazamiento de las caricaturas y distinta firma.

De hecho, una “tercera” –el tan conocido artículo de la tercera página del periódico monárquico de los Luca de Tena, hoy con la propiedad mayoritaria en manos del grupo vasco *Vocento*– publicada el 23 de junio de 1997, fue la última colaboración de este autor con el diario monárquico y, premonitoriamente, se titulaba “Anson, el hombre que fue Jueves”. En él trazaba un elogioso perfil del hoy académico y fundador del diario *La Razón* y el paralelismo entre el misterioso protagonista de la obra de Chesterton- toda una apoteósica metáfora sobre la conjura política, en la que nadie es lo que dice o parece ser en aquel misterioso y anarquista consejo secreto de los siete hombres- y la personalidad proteica de Luis María: “El chestertoniano epígrafe que encabeza estas líneas no alude para nada a ocultas veleidades libertarias en él, faltaría más, hombre conservador y de derechas donde los haya; acaso un tanto a la equiparación en el misterio, las máscaras y las plurivalencias que sugiere aquel “hombre que fue Jueves” en el secreto consejo de los “siete hombres” – uno por cada día de la semana – como prolongación de la atormentada imaginación de Chesterton y la encendida pugna del apasionado y católico poeta de la Ley y el orden, Gabriel Syme, frente a Luciano Gregory, el incomprensible y turbulento jugador de la anarquía”.

Jamás hubiera imaginado este autor que el juego literario en torno a la referencia chestertoniana para describir la generosa y compleja personalidad de Anson –y, de paso, ilustrar el relato de la ceremonia de la toma de posesión del nuevo director de “Abc”, Francisco Jiménez Alemán, el 19 de junio de 1997– fuera a tener una constatación tan próxima y exacta en el episodio que habría de protagonizar, meses después, con sus famosas declaraciones a la revista “Tiempo”.

Aquella misma mañana del domingo este autor telefoneó a su domicilio intentando, sin éxito, hallar una explicación a aquellas extrañas palabras sobre la entrevista a Anson que adelantaba *El País*, realizada por Santiago Belloch, hermano del ex ministro de Justicia e Interior, que, curiosamente, hizo sus primeras armas periodísticas en el Diario 16 que yo dirigía, donde acudió recomendado por su hermano Juan Alberto, entonces biministro de Interior y Justicia.

Pocos días antes, en la ceremonia de ingreso de Luis María Anson en la Academia de la Lengua, en la tarde del 8 de Febrero –en un insólito acto, por lo

multitudinario, en el que Anson invitó a miles de personas que colapsaron las salas y estancias de *La Española*–, Santiago, charlaba breve y amigablemente con Anson junto a Juan Alberto, el hoy alcalde de Zaragoza –vestido con el preceptivo chaqué como invitado personal del neófito, con asiento destacado en los escaños de terciopelo rojo del gran salón de la Academia que acogía la ceremonia–.

Anson, aparentemente, no le daba a aquello demasiada importancia, aseguraba que el estruendo cesaría después de la publicación de un artículo suyo en el diario ABC desmintiéndolo todo. Lo hizo. El escándalo –suscitado no por una mera lógica informativa, sino por la voluntad oculta de los organizadores de aquella campaña– no solo no cesó, sino que fue en aumento, como consecuencia de un abrumador y vasto operativo mediático.

Se ha comprobado en reiteradas ocasiones como el tan conocido enunciado de Goebbels –un embuste repetido mil veces se convierte en verdad– del maléfico genio de la propaganda de Hitler –su biografía *The life of Joseph Goebbels. The mephistophellean genius of nazi propaganda*, de Ralf Georg Reuth resulta sencillamente estremecedora– se ha utilizado en nuestro país, un dispositivo calumniador en el que lo cierto o falso de lo afirmado no tiene importancia, ya sea aplicado en una campaña contra el Gobierno o contra la desventurada víctima que tenga la desgracia de caer en manos de este tipo de gente, frente al control de las plataformas de los medios que garanticen el consabido estruendo mediático y unidireccional.

Una vez más se ponía en marcha de forma coordinada toda la maquinaria *informativa* para instalar un consigna –*La conspiración republicana*– como estado de opinión, al margen de que se tratase de algo real o simplemente inventado, como era el caso. Aquello se prolongaría en el tiempo y reaparecería intermitentemente, como un pestilente y calumnioso *guadiana*, en programas de radio y tv, en libros, en las actas parlamentarias y hasta en las del Tribunal Supremo. Y también esmaltando numerosos libros en los que diversos portavoces transforman aquel proceso de difamación en hecho probado y así lo hacen constar en numerosas declaraciones.

En aquel artículo de Anson del 16 de febrero publicado en ABC, cuando la revista “Tiempo” ya estaba en la calle, Luis María señalaría que todo el estruendo organizado en torno a la conspiración, no era más que una cortina de humo para ocultar los problemas de González con los GAL, de cara al proceso que se avecinaba en el Tribunal Supremo, el juicio por el secuestro de Segundo Marey, en el que tomaron asiento como encausados, entre otros, el ex ministro de González, José Barrionuevo y Rafael Vera, ex secretario de Estado y el propio González hubo de comparecer como testigo, momento que fue recogido por la cámara subrepticia de un fotógrafo del diario *El Mundo*. Anson negaba en el artículo que hubiera habido conspiración alguna. La conjura republicana y la implicación de Mario Conde, Alvarez Cascos, Pedro J. Ramírez, Amedo, Perote... Se había puesto en peligro *la estabilidad del Estado* –la alusión religiosa y

mayestática, leviathanesca a *El Estado*– en palabras de Anson por un grupo de periodistas compañeros suyos que supuestamente se reunían con la intención de manchar la imagen de Felipe González.

El montaje sugería inevitables referencias al pasado. Las comparencias de Franco en los años del aislamiento internacional tras la II Gran Guerra, hasta su última aparición en septiembre de 1975, sus alusiones a la *conspiración internacional*.

Curiosa conspiración en la que todas las informales reuniones de los supuestos *conjurados* se hacían a la luz del día, con fotógrafos o redactores que daban cuenta al día siguiente de las reuniones citadas, según pudo averiguar este autor en los pocos encuentros a los que asistió, ocupando en muchos casos las páginas de *hueco* de ABC, incluso la primera página del diario *El Mundo*.

Se prohibía de facto el elemental derecho de reunión mediante el invento pueril – porque de un juego de niños se trataba– de una historia conspirativa convertida en campaña de linchamiento contra unos periodistas, acusaciones imposibles no solo de medir, sino de probar.

Los acusados y difamados especialmente eran periodistas integrados en torno a la Asociación de Escritores y Periodistas Independientes, la AEPI. “La cultura de la crispación existió porque no había manera de vencer a Felipe González con otras armas. Ese era el problema: Vimos que era necesario elevar el listón de la crítica. Entonces se buscó ese mundo de las irregularidades, de la corrupción... No había manera de acabar con Felipe González”, se decía, al relatar cómo las liebres, de nuevo, arremetían ferozmente, con los ojos inyectados en sangre, contra los tiernos e indefensos cazadores ocultos y resguardados tras sus inofensivas escopetas.

Lo burdo de aquel operativo quedaba patente al compararlo con un caso de la primera democracia del mundo, la de Estados Unidos y el *affaire Watergate*, que surgió por el espionaje electrónico de los republicanos a la sede del partido demócrata y provocó la caída del presidente Nixon en 1972, merced a las investigaciones de los reporteros de The Washington Post Bob Woodward y Carl Bernstein. Si a alguien en Estados Unidos se le hubiera ocurrido sugerir que la prensa había puesto en peligro la estabilidad del Estado para hacer caer a Nixon, probablemente hubiera sido internado en una institución psiquiátrica o quizá penitenciaria o acaso en ambas. Y eso que el delito investigado, descubierto y denunciado no fue otro que el de espionaje político mediante la instalación de micrófonos en la sede del partido rival en su sede washingtoniana, en el edificio *Watergate*, algo que en España, a partir de 1983, se realizó hasta la saciedad, especialmente en las sedes del PCE e IU, de HB o de la desaparecida Alianza Popular, antecedente del PP.

Convendría imaginar qué habría ocurrido en Estados Unidos, la patria donde la libertad de prensa cuenta con una “constitución” –todo el acervo legal que interesa

y afecta a la libertad de palabra y pensamiento– si lo denunciado hubieran sido los 28 crímenes de Estado de los GAL, o el doble crimen de Lasa y Zabala con el macabro episodio de la tortura, el entierro de sus restos en *fastlime*, cal viva; un secuestro –el de Segundo Marey–, los infinitos casos de espionaje telefónico a políticos, intelectuales, empresarios, periodistas, incluido el Jefe del Estado, el Rey Juan Carlos y decenas de miles de millones de pesetas sustraídos de las arcas públicas en los interminables casos de corrupción denunciados por la prensa a lo largo de los años. No un Watergate; lo denunciado por la Prensa a lo largo de los años, una década, equivalía y superaba a cien, a mil *Watergates*, por cuya responsabilidad perdió el PSOE las elecciones de 1996, si bien lo hizo por un escaso margen de poco más de trescientos mil votos.

Porque la acusación no merecía más aclaración ni desmentidos, si aquella tentativa de linchamiento se hubiera producido en un país democrático normal. Pero España no era, no es un país democrático normal, con la pesada losa del franquismo sociológico en las mentes y los comportamientos, aún bajo el síndrome del miedo a la libertad y la censura recalcitrante. La realidad más elemental, el sentido común colisionaban con aquella fantasía absurda y calumniosa, porque las denuncias de los casos de corrupción de la Prensa –uno de los supuestos procedimientos puestos en marcha para *desestabilizar a González*– tuvieron lugar a lo largo de más de 13 años de gobiernos socialistas cuando la AEPI ni siquiera existía ni los supuestos conjurados tenían relación entre sí, más allá de algunas amistades o relaciones personales entre ellos. ¿Cómo se va a organizar una conspiración a lo largo de más de trece años, cuando los supuestos participantes en ella ni siquiera estaban en contacto ni ocupaban los mismos cargos, ni tenían relación alguna y muchos de ellos no se conocían, incluso algunos entonces se alineaban políticamente con el partido socialista?

Las irregularidades y las denuncias en la Prensa se iniciaron en los primeros años de los gobiernos de González, incluso antes de llegar al Gobierno, con el caso Selberg de las comisiones ilegales cobradas por el partido por la recogida de basuras en el Ayuntamiento de Madrid, en 1982, denunciado por este autor en Diario 16, historia que provocó la salida, la expulsión de Alonso Puerta del partido. Algo que debería haberles servido de escarmiento para corregir futuros excesos, se saldó con la decapitación del denunciante, el citado Alonso Puerta. Y desde luego muchos años antes, como se ha dicho, de que existiera la AEPI y de que sus miembros tuvieran la menor relación y, por supuesto años antes de que este autor hubiera llegado a la dirección de Diario 16.

Por citar sólo los más relevantes –y a este autor le embarga un cierto sentimiento de pudor por tener que explicar algo tan obvio, quizás parecido a la frase del dramaturgo Dürrenmatt, hablando del nazismo cuando sentenció: malos tiempos corren cuando es preciso explicar lo evidente– el caso de la guerra sucia contra ETA –los GAL– se inició en 1987, el caso Guerra se dilucidó en 1990, el caso Roldán en 1993, cuando tampoco existía la AEPI, ni las personas que fueron acusadas ocupaban los mismos cargos profesionales, ni Anson coincidía con

Ramírez, precisamente, a la hora de investigar y denunciar al general Galindo – procesado, condenado y encarcelado por el llamado GAL verde (la Guardia Civil y el Cuartel de Intxaurrondo) y el caso Lasa y Zabala– o con otros episodios relacionados con la guerra sucia.

El mal sin embargo estaba hecho, a pesar de los terminantes desmentidos de Anson tanto en la prensa como en una larga entrevista que realiza en la cadena Cope con el prematura y tristemente desaparecido Antonio Herrero insistiendo en la manipulación que se había hecho de sus palabras. La verdad no importa cuando a un embuste o un montaje se le aplican las abrumadoras y ya citadas técnicas de convertir lo falso en verdad merced a la repetición *ad nauseam* del mensaje y la casi total cobertura de medios que distribuyan la falsedad y de ello hemos tenido recientes ejemplos. De los cuatro o cinco grandes operativos de esta naturaleza que se han organizado en los últimos años, sin duda el de la conspiración republicana fue quizá el más burdo y evidente de todos.

Nada importaba que las personas citadas con nombres y apellidos por el ex director de ABC, Pedro J. Ramírez, Antonio García Trevijano, el propio Anson, en un insólito acto de autoinculpación, Manuel Martín Ferrand, Pablo Sebastián, Antonio Herrero y quien esto escribe, que supuestamente se reunían en su despacho de director del periódico– se llegó incluso a encargar un dibujo de los supuestos conspiradores que se publicó en la primera página de un diario nacional con el mayor alarde tipográfico para vergüenza y bochorno de las hemerotecas y de los responsables del periódico –jamás habían estado en el despacho de Anson reunidas con él al mismo tiempo, ni que todos ellos negaran terminantemente la confabulación. Se vulneraron las normas más elementales de la profesión periodística: nadie se encargó de cumplir el mínimo y elemental requisito profesional de consultar todas las versiones de las personas implicadas en el caso y se lanzó la especie calumniosa con un solo testimonio frente a los seis restantes –otra vez el número siete, los mismos conjurados del chertertoniano “El hombre que fue Jueves”– en la dirección contraria, que lo negaban todo.

El diario *El País*, a lo largo de sus años de historia –en contra de lo sucedido a otras personas, que acusan al periódico de hacer oídos sordos a sus cartas de matización o rectificación, violentando el más elemental derecho democrático, el de réplica, con excusas tan inverosímiles como la que llegó a recibir un periodista, al que sugerían que acudiera con su carta de réplica a un diario ideológicamente más cercano a él– siempre había recogido y publicado puntualmente todos los textos enviados por este autor a los sucesivos directores, escritos en forma de cartas al director, comentarios o declaraciones públicas y en esta ocasión también ocurrió así con mis pronunciamientos en la radio, puntualmente transcritos, aunque una larga carta de protesta y rectificación enviada al director, Jesús Ceberio, nunca apareció publicada, por haberse extraviado, según se me comunicó, el original enviado a su secretaría.

Desdeñando los principios de la deontología y hasta de la preceptiva periodísticas –escuchar solo, como ya se ha dicho, el testimonio de una única persona e ignorar el del resto de los seis supuestos implicados que lo desmintieron tajantemente,

incluido el propio ex director de ABC, olvidarse de los hechos más elementales para acogerse a la versión paranoica de la conspiración republicana– se produce un auténtico aluvión de descalificaciones y críticas durísimas tanto en medios políticos socialistas como en los medios de comunicación más próximos. Se quebrantaron, como se ha dicho, las más elementales normas de la preceptiva periodística, que establecen la necesidad de escuchar todos los testimonios antes de formular una acusación tan grave como inverosímil, para adentrarse en un operativo de perfiles calumniosos, un auténtico linchamiento. Ningún profesional medianamente honesto podría haber pasado por alto lo tosco de tales imputaciones. Hasta Jesús de la Serna, entonces presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid también dio por buena la historia de Anson.

Desde otros ámbitos, el Gobierno del Partido Popular, el partido, jueces, fiscales y magistrados, portavoces de Izquierda Unida, comentaristas políticos independientes, la interpretación que se hace de la historia es la de *la cortina de humo* para ocultar la diafanidad del escenario forense que se aproxima, el de los juicios de los GAL y muy especialmente el del secuestro de Segundo Marey en la Sala Segunda del Tribunal Supremo. Un dirigente de IU declara que no es otra cosa que “una cortina de humo para tapar con una intoxicación intolerable cuando se aproximan los juicios por el GAL”. Y Martín Ferrand recurre al sentido del humor más anglosajón para explicarlo: “No se me ocurre ningún lugar más inadecuado que el despacho del director de ABC para montar una conspiración republicana”. Y Pablo Sebastián, a partir de junio de 1998, en su periódico digital, *La Estrella Digital*, donde escribí una columna desde su primer número (ver *Hemeroteca*) recurrió también al humor, creando una sección de *gossip* político firmada por *El Conspirador*. Todo aquello tenía unas resonancias tan antiguas, tan decimonónicas –*conspiración republicana*– que los personajes de Chesterton resultaban una referencia inevitable.

Desde la tertulia “La mesa de trabajo de Antonio Herrero” este autor aconsejó a todos los acusadores acudir a la Fiscalía General del Estado a denunciar a los supuestos *conspiradores* o a que el Parlamento abriera una comisión de investigación. Nadie respondió naturalmente a la propuesta, porque de lo que se trataba era de montar un procedimiento basado en una fantasía calumniosa, sin la menor conexión con la realidad.

De lo que se trataba era de llevar a cabo un linchamiento público, una auténtica lapidación mediática basada en tan increíble fabulación y transformar las acusaciones de corrupción, de la guerra sucia en un boomerang que se volviera contra los denunciados, mediante el conocido y ya citado dispositivo del sátrapa indio, el del asesinato del mensajero portador de malas noticias. Pronto aquello fue decreciendo y desvaneciéndose como el resplandor de un castillo de fuegos de artificio ante la amenaza de este autor de ser él mismo quien acudiera al juez a denunciar a los propaladores de aquel montaje. Sin embargo, no hay libro producido en las áreas socialistas, que no hablen de la conspiración, al tiempo que ocultan la realidad de los hechos escuetos, con el sencillo procedimiento de

olvidarlos u ocultarlos y sustituirlos por consignas, opiniones derogatorias o simples descalificaciones.

Nada había, de nada se podía acusar en aquella inexistente conspiración. Además del pequeño detalle que supone la inexistencia del “delito” de conspiración en el Código Penal y si una democracia se caracteriza por algo es por gozar los ciudadanos de libertad para reunirse con quien les venga en gana –acaso algún acusador añoraba los impedimentos contra el derecho de reunión del franquismo– resolver los contenciosos en el ámbito de las leyes y los tribunales. Lo que muy pocos dudaron entonces fue de la existencia de un plan minuciosamente diseñado para organizar el gran operativo mediático de la *conspiración*, es decir, *una conspiración para inventar una conspiración*, la enésima, dicho sea de paso, porque habían habido muchas otras anteriores.

Algún alto dirigente socialista, días antes de que apareciera publicada la entrevista en *Tiempo*, ya tenía en su poder las fotocopias de las declaraciones de Anson. La revista de Antonio Asensio, por su parte, salió en la portada con una fecha muy significativa: 23 de febrero, fecha de la tentativa de golpe de Estado de 1981, el 23F.

Joaquín Almunia, poco después daría la clave de aquella extraña fecha, alcanzando con sus declaraciones uno de los puntos más altos de infamia: un caso de *Golpismo de salón*. Es decir, se creaba todo un montaje previo para que tan embustera carpintería escénica sirviera de soporte a lo que habría de venir después, la denuncia de la conspiración republicana.

La coordinación entre todos los medios más o menos cercanos a la vieja guarda socialista fue explícita y perceptible, con los mismos o parecidos argumentos, en busca de lo que los observadores imparciales consideraban un objetivo múltiple en el que se unía lo útil a lo deleitoso. Se difamaba y erosionaba la reputación de los periodistas supuestamente implicados, se deslegitimaba la reducida victoria electoral del PP y, utilizando la vieja táctica de producir un suceso noticioso de superior envergadura megafónica que ocultara otro adverso –la cortina de humo o el ventilador aplicado al estiércol– se difuminaba el difícil trance judicial al que había que enfrentarse en el Tribunal Supremo con motivo del juicio por el secuestro de Segundo Marey.

### **La verdadera historia**

En realidad, los antecedentes, los orígenes, la verdad completa de esta historia arranca de las serias dificultades por las que atravesaron los periodistas independientes durante los últimos años de los gobiernos de Felipe González, muy especialmente tras las denuncias de los casos de corrupción, sobre todo el llamado caso Roldán desvelado por Diario 16 y todo lo referente a *la guerra sucia* contra ETA a través de los GAL, cuyas denuncias, iniciadas primero en Diario 16

por su director de entonces, Pedro J. Ramírez, proseguirían después a partir de 1989 con mucha mayor intensidad aún desde las páginas del diario *El Mundo*.

Los comienzos y la formación de aquel grupo de periodistas tienen un origen muy concreto. Todo se inicia en 1992, cuando el entonces ministro de Justicia socialista, Tomás de la Cuadra, anuncia su intención de incluir en el nuevo Código Penal que se está elaborando la tipificación de un nuevo delito, el de difamación, una figura jurídica que De la Cuadra recupera de la legislación de la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929) régimen, por cierto, en el que tuvieron participación activa relevantes figuras socialistas, tal como se describe detalladamente, entre otros textos, en el libro, de próxima aparición, de Ramón Tamames, "Ni Mussolini ni Franco. La dictadura de Primo de Rivera y su tiempo".

Según los borradores que se manejan del articulado, una información veraz y rigurosa puede ocasionarle la condena a un periodista si el desvelarla supone menoscabo o merma de la reputación pública o el honor del denunciado. Es decir, la verdad no importa si ésta produce daño en alguien que se considera lesionado en su honor. Es decir, que los que hubieran pagado por el caso Watergate, según aquel proyecto de Ley, con su ingreso en prisión, hubieran sido Carl Bernstein, Bob Woodward, Catherine Graham –editora del *The Washington Post*– y Ben Bradlee, director del periódico, por haber erosionado el honor y la reputación pública de Nixon, al margen de lo rigurosamente cierto de las denuncias de espionaje. O, más cerca de nosotros, el desvelar el caso Roldán hubiera supuesto, de haber prosperado el proyecto de De la Cuadra, la condena, no del entonces director general de la Guardia Civil, sino de los tres periodistas que desvelaron todo el caso en las páginas de *Diario 16* y de su director.

El más elemental principio democrático, según el cual la ley ha de ser igual para todos y los gobernantes deberán comparecer constante y puntualmente ante la opinión pública y dar cuenta de sus acciones derivadas del uso o mal uso del dinero público o del voto recibido del pueblo, se saltaba a la torera gracias al supuesto derecho al honor de los denunciados, que primaría sobre la lesión causada a los ciudadanos –al pueblo– por una gestión irregular o delictiva.

Tras conocerse aquel proyecto, claramente atentatorio contra la letra y el espíritu del artículo 20 de la Constitución que regula la libertad de prensa y el derecho a la libertad de expresión de los ciudadanos, un grupo de periodistas se reúnen con la intención de crear una plataforma de denuncia de aquel proyecto, que consideran atentatorio contra los más elementales principios democráticos.

Así nace, a primeros de junio de 1992, la Plataforma para el Derecho a la Información de los Ciudadanos. Aquella se constituye con un vasto colectivo de profesionales, presididos, entonces, por Manuel Leguineche, director a la sazón de la agencia Fax Press y junto a él figuran Luis María Anson, director de *Abc*; Javier Fernández del Moral, entonces decano de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense madrileña; José María García; Antonio Herrero; Julián Lago, entonces director de la revista *Tribuna*; Manuel Martín

Ferrand, director general de Antena 3 TV; Luis del Olmo, director de *Protagonistas*; José Oneto, director de Tiempo; Pedro J. Ramírez, director de El Mundo; Justino Sinova, director de Diario 16, entre otros. El muy plural espectro no pudo ampliarse aún más al rechazar –algo habitual en su Grupo– Joaquín Estefanía, director de *El País* entonces, e Iñaki Gabilondo, profesional de la Cadena Ser, la invitación que se les cursó para que participaran en la fundación de la citada plataforma.

El nombre elegido recordaba el famoso manifiesto lanzado en 1957 por un grupo de editores de Prensa norteamericanos, *The people's right to know, El derecho a conocer de los ciudadanos*, que sentaría las bases de la famosa y ya citada *Freedom Information Act* de 1976, una verdadera *Constitución de la Prensa*, considerada como el texto legislativo más avanzado del mundo sobre la libertad de prensa.

La recogida de apoyos entre los profesionales produce un resultado inesperado por la unanimidad lograda. Más de cuatro mil firmas de periodistas de toda España avalan la creación y objetivos de la *Plataforma*, cuyos miembros pronto comienzan a reunirse con todos los partidos con representación parlamentaria, incluido el Partido Socialista, para explicarles los objetivos de la iniciativa profesional. Se producen encuentros con diversas personalidades y el jueves, 18 de septiembre de 1992, se emite un comunicado contra el Proyecto de Código Penal enviado por el Gobierno al Parlamento.

En síntesis, el comunicado se limita a señalar que el proyecto fomentará la autocensura, que es contrario a la doctrina del Tribunal Constitucional y que si se sustancia la inclusión de la difamación como delito descrito de esa forma “la imputación de hechos que puedan perjudicar el crédito, la imagen u honorabilidad de otro”, buena parte de las revelaciones de los últimos años no podrán seguir divulgándose”.

Prosiguen los contactos de los miembros de la Plataforma y tras reunirse con Arzalluz, Aznar y Anguita, entre otros, el 10 de septiembre Jordi Pujol recibe también a un grupo de integrantes de la Plataforma, encabezado por Luis del Olmo, en el Palau de la Generalitat.

## **La AEPI**

Todas las iniciativas de la Plataforma tienen un seguimiento puntual en los periódicos, agencias y emisoras de radio, que dedican grandes espacios a las iniciativas a favor de la retirada del delito de difamación del proyecto del nuevo Código Penal que prepara De la Cuadra y que culminaría, con cierto apresuramiento, Juan Alberto Belloch. Las elecciones –tendrían lugar el 6 junio de 1993– se adivinan próximas y la reforma del Código Penal se detiene. Poco después, aquella Plataforma, cumplidos sus objetivos, se disuelve.

Su continuadora fue la Asociación de Escritores y Periodistas Independientes (AEPI), pensada con la idea de hacer más reducido y operativo aquel colectivo de la *Plataforma*, en la creencia de que el Ejecutivo seguiría acarreado problemas a los periodistas no bien vistos por el Gobierno socialista.

La AEPI se constituyó en el verano de 1994, con el periodista Pablo Sebastián como principal inspirador y animador del proyecto. Entonces, Sebastián, tras su salida de la dirección del diario *El Independiente* que había fundado y tras colaborar con el diario ABC de Anson, pasó a ser columnista de El Mundo. Menos ocupado que los demás, dedicó buena parte de su tiempo a organizar la AEPI que, por fin, en una reunión que tuvo lugar en La Quinta de Marbella, se constituyó un 13 de Agosto de 1994. Suya fue la idea de ampliar el grupo específico de periodistas e incluir a escritores que dieran mayor impacto intelectual al grupo, y los nombres de Cela, Gala o Umbral, entre otros, pasaron a ocupar un lugar destacado en la recién nacida AEPI. La fotografía de aquella reunión en La Quinta ocuparía, al día siguiente –y en ocasiones sucesivas– toda una página de *huevo* en Abc y sería recogida muy ampliamente por numerosos medios. Sebastián también buscaba el impacto fotográfico de las personalidades allí reunidas.

En la fotografía aparecían Luis María Anson, Antonio Burgos, Julián Lago, Pablo Sebastián, Pedro J. Ramírez, Antonio Herrero, José Luis Balbín, Camilo José Cela, Raúl del Pozo y Antonio García Trevijano. Se nombró al Nobel Cela Presidente de Honor y a Sebastián, Herrero y Balbín, miembros del comité coordinador de la AEPI.

La organización contó con un Consejo Fundador integrado por Luis María Anson, José Luis Balbín, Antonio Burgos, Camilo José Cela, Julio Cerón, Antonio Gala, José María García, Antonio García Trevijano, Teodoro González Ballesteros, Antonio Herrero, Federico Jiménez Losantos, Julián Lago, Manuel Martín Ferrand, José Luis Martín Prieto, Luis del Olmo, Raúl del Pozo, Pedro J. Ramírez, Pablo Sebastián, Francisco Umbral y este autor. Como se ve, una larga nómina de conocidos escritores y periodistas.

### **El sindicato del crimen**

Umbral, aquel mismo día, compuso y leyó un divertido poema suyo, titulado *El Sindicato del Crimen*, etiqueta con la que en medios cercanos al Gobierno de González se había bautizado al grupo. El mismo título, por cierto, que este autor había imaginado para la portada y la correspondiente historia de Cambio 16, de la que entonces era subdirector en marzo de 1977, cuando varios pistoleros del sindicato del transporte franquista asesinaron el 24 de enero de aquel año a los abogados del despacho laboralista de Atocha perteneciente a Comisiones Obreras. Algunos de ellos –Umbral, Martín Prieto, Raúl del Pozo, Pablo Sebastián, según idea y estilismo de Agatha Ruíz de la Prada– llegaron incluso a fotografiarse con disfraces de presidiarios en respuesta jocosa a quienes habían acuñado lo de *El Sindicato*. Que, por otra parte, fue contestado con este

comentario radiofónico de Sebastián: “Los intelectuales de la OTAN y los GAL llaman “sindicato del crimen” a los que denuncian el terrorismo de Estado del felipismo”... Más tarde, en el libro “Contra el poder” Sebastián escribiría: “Tiene gracia oír a los ideólogos de los GAL hablar de criminalidad intelectual”... El poema *El Sindicato del Crimen* de Umbral, decía: “Los Dalton están llorando (aludía a los forajidos de la imaginería del *Far West*) /al pie de una rotativa/ Porque Jesús de Polanco/sólo publica mentiras/ Los Dalton están llorando/llenos de pena cautiva/ mientras Jesús de Polanco/les cantaba una guajira/Polanco es un hombrón malo/como una cooperativa (quizá en la mente del improvisado rapsoda estaba aún reciente el contencioso de la cooperativa de la PSV socialista) /Pablo Sebastián y Aurora/sacan navaja bandida/escriben una columna/y se cortan la pililla./Luego pasan al ataque/pidiendo papel y tinta/Y cuentan lo de Cebrián/con la prosa en carne viva...” El viejo desencuentro, las viejas historias de las viejas querellas de profesionales que habían sido periodistas relevantes –Sebastián, Umbral, Martín Prieto, Jesús Cacho...– en el diario *El País* o aledaños se agudizaban, cada uno con su equipaje de agravios, rencores y cuentas pendientes sin saldar con su antigua empresa, sus antiguos compañeros, sus antiguos amigos. A partir de entonces, la campaña contra la AEPI se agudiza. Lo que molesta de la AEPI no es tanto lo que dice, sino su condición de organización estructurada plasmada fotográficamente que, además cuenta con personalidades de la talla de su presidente de honor, el premio Nobel Camilo José Cela, o escritores como Umbral o Gala. Desde sus plataformas televisivas, con claro ánimo de embarullar y confundir, algunos comentaristas cercanos al Gobierno rescatan al IPI, el Instituto Internacional de la Prensa, de cuyo directorio español este autor es miembro, pero leyendo sus siglas en inglés, para ahondar en la confusión fonética de ambas organizaciones: AEPI, e IPI, en aproximado inglés, *Aipi*.

Y, sobre todo, las fotografías, el efecto en la opinión pública, tan buscado por Pablo Sebastián, la capacidad subliminal de transmitir esa unión de personajes tan dispares y de tanto relieve popular. Pero, principalmente, porque su iniciativa había surgido de un ente colectivo de nueva creación, sin pasar por las Asociaciones de la Prensa, muy influidas entonces por el Gobierno, ni por la propiedad de los medios, al parecer, máximo elemento legitimador éste, el de la propiedad, para algunos de los debeladores de la AEPI.

A nadie se le ocurrió, en cambio, tildar de conspiración el famoso pacto de los editores de 1993, en el que varias importantes personalidades mediáticas habían decidido apoyar desde sus respectivos grupos editoriales la permanencia de Felipe González en el poder. Ni tampoco etiquetar con la misma palabra la evidente coordinación existente entre periódicos y empresas distintas a la hora de enfocar o incluso titular determinadas informaciones, aunque ambos casos justificaran la existencia de acuerdos políticos más o menos discretos, mucho más que aquella iniciativa informal de los periodistas. Ni por supuesto etiquetar con el derogatorio y abstracto término de *crispación* la tremebunda campaña mediática contra el gobierno de Aznar entre los años 1996 y 2000, que podía ilustrarse con

aquella *perla* radiofónica en la que se llegó atribuir a Aznar y los suyos el asesinato de Federico García Lorca.

En el verano de 1995, Pablo Sebastián, como principal responsable orgánico de la AEPI organiza unos cursos de verano en el madrileño teatro Infanta Isabel que cuentan con la asistencia de medio millar de alumnos. Los cursos, estructurados en cuatro partes –La Prensa y el poder, la opinión a debate, la radio y la televisión y la opinión audiovisual– congregó como conferenciantes, además de al autor de este libro, a Luis María Anson, José Luis Balbín, José María García, Antonio Herrero, Luis Herrero, Federico Jiménez Losantos, Julián Lago, Manuel Martín Ferrand, José Luis Martín Prieto, Amando de Miguel, Luis del Olmo, Raúl del Pozo, Pedro J. Ramírez, José Ribas, Pablo Sebastián y Francisco Umbral. De aquel curso de verano surgió un libro, editado por “Temas de Hoy”, titulado “Contra el poder”, que recogió aquellas conferencias.

Este fue, en breve resumen, el nacimiento e itinerario de la Plataforma y la AEPI. Anson, en sus declaraciones de *Tiempo*, habla de siete personas –el dichoso número siete, los mismos que componen el consejo de los siete hombres del relato de Chesterton, y menos mal, porque hubieran podido ser seis, el guarismo del Diablo– que, supuestamente, se reunían en su despacho de director de Abc. Ya se ha dicho que este autor jamás coincidió con los citados, o Martín Ferrand, que casi nunca asistía, y nunca con García Trevijano y sí, en cambio, con Julián Lago o con una docena de personas más, o con José Luis Balbín, Teodoro González Ballesteros, pero no en el despacho de Anson, sino en la sede de la AEPI. Lo mismo hace con Cela, Umbral o Martín Prieto, también miembros de la Asociación, que tampoco aparecieron en aquella denuncia. Su castigo lo recibirían más tarde en forma de libros tendenciosos y derogatorios y los consiguientes procesos calumniosos.

En aquellas reuniones, festivas e informales siempre, marcadas en muchos casos por los ingenuos y desinhibidos comentarios de quien esto escribe y nunca en el despacho de Anson, en las que el comentario jocosos resultaba inevitable, se intervenía como en un simple e informal ejercicio de defensa por parte de un grupo de periodistas frente a los malos gestos de un poder no demasiado partidario de contemporizar con aquellos.

En la AEPI se participó, muchos lo hicieron, este autor al menos, desde la acaso ingenua y bienpensante convicción de defender la libertad de expresión aunque, al parecer, no todo el mundo abrigara las mismas intenciones. El entonces ministro Rubalcaba me describió con detalle y con una sonrisa burlona, algunas maniobras contra mi como director de Diario 16 de las que había sido informado con detalle. Pero esa es otra historia, al igual que las razones y las efigies de los responsables reales de la salida de González del poder.

En cualquier caso, la pregunta es: ¿Porqué se recurría a un operativo en el que hasta la palabra *conspiración* arrastraba todo ese lamentable aroma tan utilizado en el pasado, como se ha dicho ya, contra comunistas, socialistas o masones?

Las hipótesis utilizadas para explicarlo fueron varias. Se pensó en el chantaje – hoy se considera como la hipótesis más verosímil, y el propio interesado, Anson, a una pregunta de este autor, en una larga entrevista publicada en la Revista LEER, admitió que fue “engañado” en su ingenuidad y buena fé—. El diario *El Mundo* publicó la transcripción de una reveladora cinta grabada en el restaurante madrileño Salvador, en las afueras de Madrid, en la que Anson celebraba una comida con los ex ministros José Luis Corcuera, José Barrionuevo y el ex secretario de Estado Rafael Vera en las que anunció algo parecido. La conversación de Anson pudo haber sido grabada por alguno de los que acudían con gran frecuencia a un restaurante muy frecuentado por políticos y también por el hermano de Luis María, Rafael Anson.

Aznar, pocos días después de su escasa victoria electoral de 1996, mientras visitaba la sede de su partido en Burgos, recibió una llamada telefónica que atendió en el despacho del presidente provincial del partido. Era Jordi Pujol, cuyo apoyo resultaba imprescindible para poder gobernar con la mayoría parlamentaria suficiente. Fue una conversación relativamente larga. En ella, Pujol vino a indicarle a Aznar que para lograr su apoyo era imprescindible que hiciera todo lo posible para desmontar la AEPI. Aquellas sorprendentes palabras eran similares a las manejadas en otras reuniones de mayor calado, en las que habían participado altas personalidades, incluido Adolfo Suárez. No habían hecho falta, ciertamente, estas iniciativas, porque le hablaban a un convencido. Aznar, poco después de la formación de su primer gobierno, recibió a un grupo reducido de periodistas en La Moncloa. En el encuentro dejó clara una idea que colisionaba con la de los dirigentes socialistas, que consideraban que la victoria electoral se había producido por el continuado acoso a que habían sido sometidos por la prensa, la denuncia de la guerra sucia y, sobre todo, los casos de corrupción, que mediante el proceso de birlibirloque ya explicado, transformaron en la campaña de la conspiración republicana. Para Aznar no cabía la menor duda que la victoria electoral se había producido porque él había logrado armar por primera vez desde el centro derecha un partido sólido, sin fisuras, cohesionado y disciplinado, en el que se había producido un hondo relevo generacional, en el cual y bajo su batuta, se había sabido muy bien lo que había que hacer. El resultado electoral del 14 M del 2004, el devastador linchamiento padecido después le habrá sacado de su error.

Sin embargo, otra interpretación se oyó también en su momento para explicar la entrevista de Anson a *Tiempo*. Tras la victoria tan reducida del PP en las elecciones generales de marzo de 1996, el plan para volver al poder por parte de Felipe González pasaba por la ocupación de todos los enclaves y plataformas principales de poder cultural y mediático –objetivo prácticamente logrado ya, a primeros del año 2004, gracias a la colaboración y ayuda de José María Aznar– y la desactivación del diario *El Mundo* y su director, mediante el operativo del famoso *video de Ramírez*, sobre cuya elaboración, el director de *El Mundo* obtuvo pruebas irrefutables del conocimiento e intervención que el desaparecido CESID

tuvo de su elaboración y planificación desde los primeros momentos, tal como pormenorizadamente describe en su obra ya citada *El Desquite*.

Tiempo atrás se había hablado, también, del famoso *Pacto de la Academia*, por el cual, Anson y Juan Luis Cebrián, fundador y primer director de *El País*, entraban al mismo tiempo en *La Española*. Como consecuencia de dicho supuesto Pacto, siempre negado de forma terminante y sin contemplaciones por los dos interesados, Anson habría hecho todo el gasto, encargándose, por ejemplo, y muchos años atrás, de atacar de forma inmisericorde a Juan Roldán, presidente democráticamente elegido de la Asociación de la Prensa de Madrid, hasta que provocó su dimisión para ser sustituido por un amigo y colaborador de Cebrián, Jesús de la Serna. Versiones las hubo para todos los gustos, desde las más plausibles a las más fantasiosas. Pasados algunos meses, cuando los disgustos se hubieron atemperado –porque desconocía las actuaciones de otras personas que, al parecer, no actuaron de forma tan altruista– y los ecos de tales declaraciones se habían atenuado, las relaciones personales se restablecieron y volvieron a un clima de razonable normalidad, en aquel colectivo se han producido curiosos cambios de pareja. De momento, Anson, con su tenacidad, su dedicación y trabajo, su habilidad parece haber logrado un nuevo éxito profesional: afianzar en el reñido e impenetrable mundo periodístico madrileño, dominado por tres grandes diarios, *El País*, *El Mundo* y *ABC*, lanzar uno nuevo –*La Razón*– que ya rebasa amplia y exitosamente la cifra de ciento cincuenta mil ejemplares de difusión.

He preferido en esta fase del capítulo utilizar los condicionales, tan del periodismo francés, los *habría*, en episodios tan resbaladizos.

Como se sabe, el consejo secreto de *los siete hombres* de la novela de Chesterton, *El hombre que fue Jueves*, que supuestamente debían luchar para implantar la anarquía, al final se descubre que todos ellos eran miembros de las fuerzas policiales y gubernativas, de “las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado”, que diría el ex ministro del Interior, Angel Acebes. Este autor, sin embargo, está convencido que en semejante acción de Luis María Anson concidieron varios factores. En la larga conversación mantenida y publicada en la revista LEER con Luis María Anson en el número de Abril del año 2002 este autor llegó a la conclusión que el periodista y académico fue sorprendido en su buena fe –así lo confesó él mismo en aquella entrevista– y que no ponderó en todo su alcance el efecto que habrían de tener sus declaraciones en todo el suceso. O peor aún, la cada vez más verosímil sombra del chantaje, según personas próximas al fundador de *La Razón*. El propio Felipe González, en sus últimas declaraciones al respecto, sigue manteniendo su tesis, “aunque ahora Anson se ha vuelto atrás”. Otros opinaron que Anson operaba como persona cercana al felipismo en función de su proximidad y defensa a ultranza del general Galindo – juzgado y condenado por los asesinatos de Lasa y Zabala– y tal proximidad se habría seguido manteniendo en el tiempo hasta el día de hoy.

El resurgir de Anson tras aquel suceso se produciría como consecuencia de su buen hacer al frente del periódico *La Razón* y por ser quizá el periodista de currículo más brillante y premiado de España, además de su condición de persona de larga y probada tradición en la ayuda a cualquier profesional del periodismo en apuros. No se trata de descifrar la compleja personalidad de Luis María, que parece todo un compendio espiritual compuesto de media docena de doctores Jeekyll y señores Hyde forcejeando en su interior, como en una pugna perpetua de Gran Guñol entre el Bien, el Mal, el Regular, los amigos y las malas compañías.

Una de las personas más cercanas a Anson hacía una interpretación ante este autor: “Hay que entender a Luis María, que sufrió lo indecible con la denuncia de aquella estupidez, aquel invento absurdo de la conspiración republicana. Le presionaron hasta límites insufribles, sufrió mucho y sin abrir la boca”. Y otro testimonio, el de Pedro J. Ramírez, también de comienzos del año 2004: “el problema de Luis María es que muchas veces no puede evitar que se imponga en él su condición de buena persona”. Y, finalmente, en su reciente best seller, *El Desquite*, Ramírez sugiere la tesis del chantaje: “Era una vieja música (la conspiración republicana) para la que, sin embargo, había aparecido a principios de año un tan inesperado, singular y dudosamente voluntario letrista como el ya ex director de ABC, Luis María Anson”.

### **Una interpretación cinematográfica**

Sin duda, aquel operativo de la conspiración republicana y tantos otros de similar tenor que se habían producido antes contra periodistas con los sucesivos gobiernos socialistas –porque existieron antes otras muchas *conspiraciones*, todas ellas inventadas, como respuesta a las situaciones en las que el Gobierno aparecía en dificultades ocasionadas por distintas revelaciones periodísticas– tenían su apoyo en la firme convicción de sus organizadores de la existencia de una coordinación en la crítica contra algunas iniciativas políticas de los gobiernos socialistas.

No es bueno el miedo, que inevitablemente conduce a circunvalaciones paranoicas y desfiguradas de la realidad, o a veces también interesadas, en la interpretación de hechos e intenciones, y entonces ya se percibía el temor como estado de ánimo extendido en ámbitos gubernamentales. En estos medios se advertía esa reacción ante cualquier nuevo escándalo que aparecía en la prensa – muy especialmente en el diario *El Mundo*– y, por otra parte, muchos periodistas se sentían a su vez perseguidos o amenazados por constantes declaraciones o iniciativas ante los tribunales o, incluso, en el interior de las propias empresas periodísticas.

Tal estado de cosas, aquella situación de desencuentro de intensidad creciente entre Felipe González y los miembros de sus gobiernos y los dirigentes del partido y un numeroso y variopinto grupo de periodistas, informadores y comentaristas, se había llegado en un largo proceso iniciado muchos años atrás en el que tal clima

se fue retroalimentando progresivamente con diversos ingredientes y causas, dos muy especialmente. La tentativa de González de controlar los *mass media* con empresas, responsables y periodistas y propagandistas políticamente afines, y un extraño e infantiloides mesianismo que emanaba de una no menos extraña, y ciertamente poco justificada, perceptible –e inquietante– conciencia de superioridad intelectual, ideológica y política sobre el resto de sus adversarios que brotaba de su personalidad, de sus actos y pronunciamientos.

González es hombre tozudo, de ideas y estrategias fijas. En 1980, durante un viaje a Panamá, este autor mantuvo con él un largo diálogo sobre su amigo y mentor, el general Omar Torrijos –del que este autor ya ha dado detallada cuenta en otros libros y trabajos periodísticos– el atractivo general panameño que, tras un incruento golpe de Estado, dominó durante 13 años –González también gobernó 13 años– la vida del minúsculo país centroamericano. González recientemente ha negado o relativizado su estrecha amistad con Torrijos, precisamente cuando el hijo del general, Martín Torrijos, al frente del partido fundado por su padre –y a cuyo alumbramiento asistió este autor– el PRD, ha ganado las elecciones en el minúsculo país centroamericano.

Los dirigentes socialistas que visitaban Panamá –siguiendo el ejemplo de González, deslumbrado por la personalidad del general– opinaba que en Panamá había “suficiente” libertad de Prensa, con un reducido grupo de empresarios al servicio del dictador militar controlando los escasos periódicos, la radio y la televisión. Ciertamente, el itinerario posterior de González como líder político y Jefe de Gobierno del Reino de España durante trece años le han llevado a vivir experiencias en el terreno de los medios de comunicación mucho más complejas y sofisticadas empresarial e intelectualmente –véase, sino, toda la aventura de las televisiones privadas en España o su singular relación con el Grupo Prisa– que las que le transmitía Torrijos, sin duda, pero el espíritu de control y utilización propagandística era el mismo que aprendió en sus primeros momentos de líder político del intuitivo general panameño, por lo que resulta pertinente insistir en la naturaleza de aquella relación.

Torrijos fue un peculiar e incruento dictador militar. “En Panamá, chico, la Guardia siempre da los golpes de Estado los viernes, día de paga. Así, si fracasan, los oficiales tienen la nevera llena”, decía, socarrón, entre risas, el carismático y encantador *espadón*, que encandiló a un joven e inexperto González y, también, hay que decirlo, a algunos de los amigos y periodistas, incluido este autor, que le acompañaban y reían las gracias, recién salidos el franquismo y nada habituados a mantener aquel trato de familiaridad y campechanía con tan altos representantes del poder político.

El panameño general Omar Torrijos, cuidaba su imagen de general *progresista*, colaborador y amigo entusiasta y hasta su muerte de los sandinistas nicaragüenses. En una ocasión, cuando Nicaragua aún estaba gobernada por Somoza, en mi habitación del hotel y acompañado de un colega entonces del diario *El País*, Francisco Basterra, se presentaron, por sorpresa, Humberto Ortega,

hermano de Daniel Ortega, que llegaría a ser ministro de Defensa con el gobierno sandinista y Edén Pastora, Comandante Cero, que secuestraría el parlamento nicaragüense y de paso serviría de modelo al teniente coronel Tejero para hacer lo propio con el Congreso de los Diputados el 23 F.

Torrijos se había encargado de trasladarlos desde Nicaragua en su avión particular, para ponerlos a disposición de dos boquiabiertos periodistas españoles, que contemplamos como ambos corrían las ventanas de la habitación y depositaban una descomunal pistola plateada y de cachas de nácar sobre la mesa, antes de iniciar la larga conversación.

Omar Torrijos había sido alumno de la célebre Escuela de las Américas, situada en Fort Benning, cuartel general de Infantería del ejército estadounidense, en las afueras de Columbus, en el estado de Georgia, conocida también como *Escuela de asesinos* o *Escuela de dictadores*. Allí se impartían –en los años duros de la guerra fría y de la subversión guerrillera en Iberoamérica, cuando Iberoamérica todavía era América Latina– enseñanzas de contrainsurgencia y por ella pasaron, además de Torrijos, Hugo Banzer, dictador de Bolivia y después presidente elegido democráticamente, el general panameño Manuel Noriega, hoy en prisión en Estados Unidos, el nicaragüense Anastasio Somoza o el argentino Leopoldo Galtieri, gran protagonista de la guerra de las Malvinas contra Inglaterra.

Torrijos, al igual que su amigo de entonces Felipe González, también permaneció como se ha dicho trece premonitorios años en el poder, al que se aupó tras liderar un golpe militar en Octubre de 1968 y se mantuvo en él hasta su muerte, ocurrida en un misterioso accidente aéreo al caer su avioneta en la selva panameña, el 31 de Julio de 1981. La palabra atentado circuló por medios políticos panameños e internacionales y muchos dirigieron su mirada hacia su sustituto el general Noriega, conocido como *Cara de piña* por los cráteres y cicatrices que una juvenil viruela había dejado en su rostro. Noriega había sido la mano derecha de Torrijos al frente de la Guardia Nacional y se pensó en él y en largas manos venidas del gigante del Norte. (Siendo jefe de Inteligencia de la Guardia Nacional, y mientras compartía un almuerzo con varios informadores españoles, uno de ellos, en una conversación intrascendente con un vecino de mesa, utilizó la expresión, “yo eliminaría esa posibilidad”).

Noriega, distraído con su propia conversación y sin conocer el contexto de la expresión, se volvió, se dirigió a los sorprendidos periodistas y les espetó: “*Chicos, ¿a quien hay que eliminar?*”) Nacido en Febrero de 1929, hijo de dos maestros de enseñanza primaria, sexto hijo de una familia de doce, estudia en la Academia Militar de San Salvador, donde se le conoce como *Indio Omar*, por sus rasgos indígenas y el color cenicientocobrizo de su piel. Se le observan dotes de líder, preocupación por los problemas socioeconómicos y políticos de Centroamérica, según los informes de la fundación que lleva su nombre. Gran sensibilidad hacia la propaganda y los medios de comunicación, cuyo poder conoce y actúa en consecuencia, al tiempo que aconseja a Felipe González que recibe de él ese interés que el líder socialista español siente hacia la Prensa. Tras su salida del

Gobierno, González, que iniciaba sus vacaciones llevando bajo el brazo el libro de memorias de Ben Bradlee, –*A good life, Vida de un periodista*– ex director del The Washington Post y principal protagonista del affaire Watergate, definió a la Prensa no como el Cuarto Poder, sino como el Primer Poder, estableciendo una confusión deliberada entre prensa y propaganda, y tal idea, a quien primero se la escuchó fue al general panameño.

Torrijos no desaprovechaba ocasión para aparecer en los periódicos internacionales, que ofrecían de él una imagen y una presencia nada acorde con la insignificancia territorial y demográfica de su pequeño –aunque estratégicamente importante– país.

Así, ofreció a Patricia Hearst, –hija del magnate de la prensa William Randolph Hearst, personaje que sirvió de modelo para cincelar cinematográficamente el de John Foster Kane, el *Ciudadano Kane* de Orson Welles, que fue secuestrada por un extraño Ejército Simbiótico de Liberación y cuyo *Síndrome de Estocolmo* la convirtió en miembro activo del grupo, con el que llegó a participar en atracos a bancos ataviada con el uniforme revolucionario de aquel estafalario ejército, enarbolando una metralleta– la paradisíaca isla panameña de Contadora para que pasara su luna de miel, tras contraer matrimonio con de su guardaespaldas. Todo muy cinematográfico, como se verá.

También se ofreció como huésped del entonces recién derrocado Shah de Persia, que acudió a Contadora acompañado de Farah Diba. Torrijos le comentaría entre risas a este autor lo extremadamente celoso que era el Shah, temeroso de que su atractiva esposa sucumbiera a los encantos de aquel desafortunado mujeriego y *Casanova tropical* que era Torrijos y de cuyas proezas sexuales este autor tuvo – de él y de algunos de sus invitados– en ocasiones como sorprendido testigo presencial, numerosas y detalladas pruebas.

En el invierno de 1980 González realizó uno de sus viajes a América, acompañado en aquella ocasión por este autor. Realizó con éxito gestiones ante Torrijos a favor el Gobierno español (la UCD, entonces) para la venta de algunos aviones CASA, suplementando los efímeros esfuerzos del embajador Rafael Jordana –hijo del Conde de Jordana, que fuera ministro de Asuntos Exteriores de Franco– un diplomático a quien nadie recibía en Panamá, dados algunos de sus hábitos, como el de ir cada día a jugar al golf a los campos de la Zona del Canal, controlada por Estados Unidos y su Ejército. Jordana, preso de súbitos ardores líricos, escribiría encendidos versos sobre las bellezas paisajísticas de Panamá, como aquel *Contadora/Contadora..–*.

En Panamá le recibió su amigo Omar Torrijos. González se deshacía en elogios hacia *Omar*, que así le llamaba, y en conversaciones con el líder socialista, que ya escuchaba entonces tímidos comentarios en su partido y en algunos medios sobre la condición de dictador militar de Torrijos, por muy simpático y carismático que fuera, el control que ejercía sobre la escasa y dócil prensa panameña, sobre la radio y la televisión. Incluso se negaba sistemáticamente a concederles una

emisora a los indios Cuna, dispersos en un archipiélago de pequeñas islas en las que vivían de la artesanía y de la pesca de gigantescas e insípidas langostas. Según le confesó a este autor, su lengua incomprensible hacía temer a Torrijos que los Cuna acaso acariciaran la idea de independizarse de Panamá y el disponer de una emisora para comunicarse con su idioma extraño e incomprensible les hubiera facilitado la tarea secesionista. Como se ve, lo del *Estado libre asociado* no es nuevo ni exclusivo de Juan José Ibarretxe y su famoso *Plan*.

González defendía a Torrijos señalando que hay libertad de prensa “suficiente”. Sus argumentos: “Ya hubiéramos querido nosotros en España en los años del franquismo tener algo parecido”. Además, se trataba “un general progresista”. De nada servía decir que acaso fuera más conveniente situar como referencia de comparación, en lugar del franquismo, el modelo de la BBC británica o de los periódicos de las democracias europeas.

Tras la llegada al poder en diciembre de 1982, González se empeñó en la creación de un modelo mediático que, salvando las distancias y la condición de democracia europea de España, tenía rasgos comunes con el modelo Torrijos y sus concepciones clientelares, similares también a las del sistema de control de los medios del PRI mexicano y, al final, que los extremos se acaban tocando, con el de la prensa rigurosamente vigilada del franquismo. Carismático, encantador, e insaciable mujeriego. El anecdotario que conservo y las confidencias de Omar en este terreno –relativas a él y a sus invitados y amigos– es tan copioso como impagable. Así era Torrijos. Y también, en ocasiones, con una cierta timidez de criollo, como inseguro por su visible aspecto mestizo. La oposición a él, especialmente la nucleada en torno al carismático ex presidente Arnulfo Arias, le tildaba de cocainómano desaforado y burdo reventador de las arcas públicas. La verdad es que Torrijos tenía siempre en su casa –un jefe de Gobierno y comandante supremo de la Guardia Nacional, que carecía de oficina y se desplazaba constantemente a sus tres casas conocidas, su helicóptero, su avión privado, en el moriría, y su Guardia Nacional– un cofre del que, en ocasiones, extraía un fajo de billetes, dólares USA, que entregaba al visitante de turno que acudía a él en demanda de ayuda para una escuela, una explotación agraria, una cooperativa. Sin recibo alguno.

En la terraza de una de sus mansiones, en Farallón, donde bebía sin perder nunca el control, en interminables reuniones al borde del mar, conversando hasta altas horas de la madrugada, con sus amigos e invitados –González entre ellos, en algunos casos y este autor en dos o tres ocasiones– bebiendo incesantes botellas del exclusivo y carísimo *burdeos Chateau Laffite*, dio pruebas reiteradas de su afición desmedida por las mujeres, incluidas las más jóvenes, algunas de las cuales habían estado correteando por la playa aquella misma mañana. Y también en Madrid, en algunos de sus viajes de Estado. En algunas ocasiones compartía con sus invitados las confidencias de alcoba, entre tragos y cohibas especialmente manufacturados para él por Fidel Castro, con una selecta vitola con su nombre, orlada por los colores de la bandera de Panamá.

Como ya se ha dicho, los medios eran vigilados, especialmente la televisión, muy atentamente por el general, que incluso detenía las tertulias con los amigos para seguir el desarrollo de los noticiarios de TV y ocasionalmente realizar llamadas, a través de eficaces, silenciosas y omnipresentes secretarias, al responsable de los informativos, llamadas que se traducían, minutos después, en una rectificación del locutor en la dirección que le había señalado la secretaria de Torrijos. Incluso llegó a rectificar en una ocasión a un presentador de TV la fecha de un combate del entonces imbatible campeón del mundo de boxeo, el panameño Roberto “Mano de Piedra” Durán. Tras cuchichear sus instrucciones a una secretaria, el locutor, minutos después, comentaba el error sobre la fecha del combate, que, en este caso, no era suyo sino de Torrijos.

### **“Ukases” contra periodistas**

No esperaban los dirigentes socialistas tras su llegada al poder, en 1983, sin embargo, aquel extraño, inesperado, heterogéneo y espontáneo grupo de comentaristas, escritores y periodistas enfrentados durante años a los gobiernos, primero de la UCD y después del partido socialista y animados muchos por la simple idea de la defensa propia y el temor más o menos justificado ante los innumerables *ukases* con los que el gobierno había actuado.

Aquel proceso de enfrentamientos a cara de perro entre el poder político socialista y un grupo de periodistas independientes se había ido generando espontáneamente y sin ningún diseño previo, en contra de las infantiles e interesadas versiones conspirativas aportadas más tarde.

Todo había comenzado –el desencuentro ya había sido citado– con el triunfo electoral en Octubre de 1982 y el proyecto socialista en cuanto a los medios de comunicación se refiere, diseñó un mapa mediático favorable a un grupo reducido de empresas y empresarios afines entre las que no estaba, precisamente, ni Diario 16 ni Juan Tomás de Salas. Es más, ya en aquel entonces, un dirigente socialista, con aquella sinceridad altiva de los primeros momentos, llegó a anunciarle a este autor la desaparición de Diario 16, “porque el periódico de la Transición ya existe, es El País, y con uno ya es suficiente”. Proféticas palabras. De la luna de miel inicial de prácticamente todo el colectivo periodístico con González y su proyecto – hoy nadie creería que uno de los más fervientes seguidores y amigos de González, además de este autor fue, también, en aquellos tiempos iniciales, el entonces joven director de Diario 16, Pedro J. Ramírez– se había llegado a aquella situación. También en los comportamientos terminantes y altivos de los dirigentes socialistas respecto a la prensa, un sector que desconocían cuando llegaron al poder, además de la permanente, sistemática y ya mencionada confusión entre prensa y propaganda, la irritación que producían en sus dirigentes las informaciones críticas o comprometidas para el Gobierno.

### **Periodismo de Investigación**

Asimismo, en los comienzos de la transición democrática había hecho aparición en la prensa madrileña un fenómeno curioso y ciertamente exótico, que eclosionó con los ingenuos y permisivos gobiernos de UCD y, posteriormente, se afianzó y extendió con los de Felipe González, el periodismo de investigación, en candorosa y deslumbrada emulación de las hazañas de los grandes investigadores y reporteros americanos y, muy especialmente, de Bob Woodward y Carl Bernstein, los celebérrimos investigadores del caso Watergate, entonces los dos héroes más reconocidos del santoral periodístico hispano.

El *síndrome del Watergate* prendió y se extendió entre los periodistas más jóvenes de entonces, los más característicos de la transición democrática entre los que sin duda se encontraba este autor, como representante de su más entusiasmada vanguardia. Y, especialmente en las publicaciones del Grupo 16, Cambio 16 y Diario 16, pioneros en la utilización de tal especialidad profesional. Los casos de la Boeing –supuestos sobornos a altos cargos de líneas aéreas por parte de la compañía aeronáutica de Seattle– o la Lockheed y algunos otros, la investigación de las relaciones de Ramón Mendoza, con el KGB soviético a través de sus relaciones comerciales con la URSS fueron algunas de las historias –en cuya elaboración había intervenido este autor– más ruidosas con las que Cambio 16 impactó en los sorprendidos lectores españoles que acababan de estrenar una tímida e incipiente democracia y que recibían con asombro aquellas muestras de atrevimiento periodístico.

Frente al periodista propagandista, al informador sobreideologizado de la izquierda, de clara obediencia política –comunistas, compañeros de viaje, socialistas o de cualquier otro grupo o grupúsculo–, frente a tradiciones periodísticas autóctonas, valleinclanescas, decimonónicas, de preguerra, republicanas o franquistas, surgía esta reducida corriente ciertamente exótica sin ninguna o muy escasa vinculación con las tradicionales de la prensa española, tan estigmatizada en sus mansurroneos hábitos por casi medio siglo de censura del régimen anterior. Surgía aquella incipiente moda, tan ingenua, juvenil e insólita, importada por periodistas que ejercían o habían ejercido como corresponsales en el extranjero, especialmente en Estados Unidos o en países anglosajones y que encontró en las radicales y casi libertarias publicaciones del Grupo 16 el ambiente más propicio para su aclimatación y desarrollo.

La presencia cultural de los Estados Unidos hacía el resto, especialmente a través del cine, arte que tuvo gran influencia en todas aquellas generaciones que durante la última década de Franco en el poder habían encontrado alimento espiritual y cultural en las salas de exhibición cinematográfica o en los cineclubs o *cinéforums* universitarios.

Aquel deslumbramiento juvenil, provinciano y un poco tercermundista hacia el cine americano contrastaba, sin embargo, con el vibrante antiamericanismo que transpiraban las mismas generaciones jóvenes hacia *El Imperio USA* y su áspero rechazo hacia el expansionismo económico del *Gran*

*Gendarme*. El papel de las multinacionales, los B-52 y las tropas aerotransportadas, antiamericanismo similar al de estos tiempos, tras la guerra de Irak, pero de mucha mayor intensidad y sin hacer distinciones entre demócratas y republicanos, como consecuencia de la larga y dolorosa Guerra de Vietnam –una guerra del Partido Demócrata que finalizó precisamente un presidente republicano, Richard Nixon, con la ayuda de Kissinger– y la insistencia propagandística de la poderosa URSS y de los partidos comunistas europeos que, al contrario que ahora, que el antiamericanismo en España cesa súbitamente si la administración es demócrata –con Clinton, por ejemplo, salvo las críticas recibidas por el estrafalario episodio de Monica Lewinsky– y arrecian si es republicana, una prolongación de las relaciones del Partido Demócrata con la Internacional Socialista y, especialmente, con los socialistas españoles, a través de las privilegiadas relaciones de Javier Solana, ex secretario general de la OTAN con los líderes del Partido Demócrata y muy especialmente con la ex Secretaria de Estado, Madelaine Albright.

Ambas posturas podían paradójicamente no resultar contradictorias y coincidir en el tiempo, en el espacio y hasta en las personas, José Luis Garcí, como muy significativo ejemplo, y otros que podían simultanear la condición de comunistas con el deslumbramiento adolescente hacia arquetipos como Wayne o Cooper: *Gary Cooper que estás en los cielos*, escribió y filmó la recordada y desaparecida dirigente socialista y cineasta Pilar Miró. Y convertirse en encarnaciones de la premonición macluhaniana del medio y el mensaje para llegar –a través de la veneración hacia el medio, el cine en este caso– a asumir con disimulado entusiasmo los presupuestos ideológicos subyacentes bajo el enunciado del *American way of life* y conciliar un feroz antiamericanismo atizado por el turbulento intervencionismo militar y político de los USA –el citado Vietnam, Chile, etc– con la veneración *naïf* hacia los personajes cinematográficos y símbolos de tal *American Way of Life*, cuyos códigos de valores morales dentro y fuera de la pantalla –el culto al espíritu de la frontera, al héroe como esforzado paladín del más terminante individualismo: Charlton Heston como presidente hasta hace poco tiempo de la ultrconservadora y poderosa Asociación Nacional del Rifle, la NRA– colisionaban frontalmente con los de la incipiente izquierda española. La devoción por el *western* tenía raíces e influencias inequívocamente francesas, cuando la cultura del país vecino ejercía tan poderosos influjos sobre las jóvenes generaciones universitarias en España, desde cuya Costa Oeste –y desde París, como poderoso foco o subestación de irradiación cultural– en recuerdo agradecido del desembarco aliado en Normandía, (eran otros tiempos), se extendía entre las generaciones más jóvenes e ilustradas el estudio y la afición al cine americano y, también, a la música de jazz, a la que eran especialmente aficionados muchos franceses, incluidos algunos miembros de la temible OAS –o de los GAL: el subcomisario Amedo acostumbraba a frecuentar algún conocido local de jazz en el País Vasco y cierto mercenario marsellés colaborador de Amedo firmaba sentidos textos y poemas sobre el blues en una conocida revista de Jazz ya desaparecida–. No fue extraño, por tanto, que algunos músicos de jazz de gran renombre visitaran frecuentemente Francia y hasta fijaran en ella su residencia habitual, como el saxo Sidney Betchet.

Habían aparecido *La Nouvelle Vague*, Malle, Truffaut, Goddard (aquella juvenil y bellísima *Patricia*, la actriz sueca Jean Seberg, vendedora del *Herald Tribune* en los Campos Elíseos, ataviada ya entonces con una *T shirt* con la cabecera del periódico, por las calles de París, acompañada por un juvenil J. P. Belmondo en el film de Goddard de 1959 *Al final de la escapada*) entre otros, o la publicación *Cahiers du Cinema*, revista totémica que pronto tuvo imitadores, seguidores y clonaciones en nuestro país, como *Nuestro Cine* o *Film Ideal*. La veneración hacia la cultura americana ha sido, en ocasiones, recíproca. Woody Allen no oculta su admiración por la cultura europea, y otros creadores como Coppola –cuyas raíces italianas son visibles– o el judío Steven Spielberg. Este autor ha advertido en recientes visionados de algunas de sus películas una clara similitud, una tentativa de homenaje en este caso de Spielberg en sus *Encuentros en la tercera fase*, no sólo el muy patente a John Ford (Sean Elloysus O`Fearná, su nombre irlandés) en aquella memorable recreación de *El hombre tranquilo*; también a Truffaut, no sólo por encargarle que interpretara un importante papel como actor –un científico y ufólogo parisino, empeñado en hablar constantemente en francés con un traductor al lado–. También en las cinco notas musicales que sirven de códigos de comunicación entre los extraterrestres y los científicos de la tierra, tan similares a las también cinco obsesivas notas de la banda sonora de “Los cuatrocientos golpes”, película fetiche de Truffaut y de la Nouvelle Vague.

## Cine, Cine

El cine, pues, fue entonces primordial artefacto de impregnación cultural. La exaltación admirada hacia los John Wayne, Gary Cooper, John Ford, Antony Mann, el cine negro americano, Hammet, Chandler, Bogart, Marlow, Welles, Kane, Hearst, hacía que nombres como los citados, actores, escritores, cineastas, en tan heterogéneo friso, se pudieran simultanear sin mayores sobresaltos intelectuales – explicando la admiración hacia ellos a partir de su genialidad, rebeldía o heterodoxia individuales, a partir de sus virtudes de seres irreductibles tan característicos del período de entreguerras– con las protestas contra las bases americanas en España o la guerra de Vietnam, en un curioso proceso de fragmentación y eclecticismo culturales que forzosamente conducían a una cierta dispersión esquizofrénica, en un itinerario vital en el que a veces la confusión e interacción entre realidad y ficción producía curiosos efectos. Algunos comentaristas, llevados de su fijación admirada y de su entusiasmo, llegaban incluso a reproducir inconscientemente los *tícs* o las inflexiones fonéticas de tales arquetipos de la pantalla, sin advertir aparentemente que quienes estaban detrás eran las voces más viriles y aterciopeladas del cine, la radio o la publicidad de nuestro país, reencarnadas, mediante el magnífico doblaje y la traducción de las versiones españolas, en los míticos nombres ya citados, entre otros muchos. Se imitaba, se admiraba, por tanto –los cines de *Arte* y *Ensayo* aparecían tímidamente, en salas de aforos muy reducidos, escaseaban las versiones originales, el idioma inglés apenas se conocía frente a la mucho más extendida presencia del francés– a fetiches inexistentes, subproductos elaborados a partir de

un curioso *patchwork* audiovisual en el que se conciliaban realidades no sólo ideológicamente antagónicas, sino geográfica y culturalmente inmiscibles.

Y la catedral fílmica de aquellos arquetipos, *monstruos* enternecedores contruidos a base de tan heterogéneos implantes podría situarse en alguna de las películas iniciales del José Luis Garci más genial y deslumbrado por las geografías estéticas de los USA. Su muy exitosa serie de films *El crack* (1981) y *El crack II* es el más adorable y singular de los productos cinematográficos como plasmación estética fidedigna de todo lo antedicho, un cóctel a base de tales ingredientes, cuya principal relación con la realidad española son los exteriores madrileños localizados por Garci y como obsesivo y estético hilo conductor de la veneración mitómana y cuasi religiosa del gran realizador, ganador de un Oscar por *Volver a empezar* (*Begin the Beguine*) hacia la gran factoría de sueños del Hollywood de los tiempos dorados. Un inverosímil detective, aproximadamente californiano, pero al hispánico modo, un *Marlow mesetario*, casposo, *Germán Areta*, (Alfredo Landa) ex policía, alter ego del propio Garci, como no podía ser menos, que desvela tremendas tramas y conjuras, un *peluquero* –el actor Manuel Lorenzo, que encarnó al inolvidable abuelo de la familia de *Los Porretas*, un serial radiofónico costumbrista de finales de los setenta– que hablaba del Madison Square Garden neoyorkino con la castiza familiaridad de quien lo hace del Palacio de los Deportes de Madrid y las atormentadas y barrocas fachadas de la Gran Vía madrileña *interpretando* el papel de los oscuros rascacielos *pre war* del Manhattan neoyorkino. Y hasta la aparición de una melancólica sintonía televisiva que anunciaba los programas de tarde con la acuarela de un balandro de colores meciéndose en un aún más melancólico atardecer. Seguramente Garci, melancólico incorregible, aún bajo los efectos de las nieblas perpetuas que humedecieron su infancia en su Asturias, –Garci sería sin duda un arquetipo de manual para ilustrar un posible ensayo sobre climatología y peculiaridades psicológicas– conoce ese viejo dicho sobre el *pianoforte* que establece que las teclas blancas son para la música alegre y las negras para la música triste.

El *ayudante* de Landa –el actor Miguel Rellán– obsequiaba al espectador con expresiones creadas por Garci a partir de su inofensiva toxicomanía cinematográfica como *Ay qué leche Don Ameche* o similar –aunque esta expresión parece que fue una creación original de González Sinde– (Don Ameche, el actor que interpretaba al magnate de bigote de *Entre pillos anda el juego* o el anciano bailarín de *Cocoon*), como si el actor americano fuera tan conocido entre los españoles como *el abuelo* Fernando Fernán Gómez.

Pero Garci, al mismo tiempo, en su condición de antiguo comunista –cuando hacía sus primeras armas periodísticas en la Revista SP en la década de los sesenta, cuando descubría al primer Ray Bradbury y sus *Crónicas marcianas*– no se sustraía a la influencia de la estética marxista y siguiendo los pasos del Pasolini de *El Evangelio según Mateo* –aquellos apóstoles con rostros de metalúrgicos, campesinos y obreros de la construcción– pensó para interpretar aquellos *films* de entonces no en el rostro hermoso y soñador de, póngase por caso, una Charo López, la Ava Gardner española u otra actriz de glamour o belleza similar, sino en

el semblante de hogaza de María Casanova o en la silueta de señor bajito, patizambo y alopécico incipiente del por otra parte magnífico actor navarro que es Alfredo Landa. Ni siquiera se sustrajo a la cultura comunista, al entrismo trotskista, al convertir al ayudante de Landa (Rellán) en un *topo* que le traiciona, vendido al enemigo.

En esto, Garci fue sin duda un adelantado porque junto a la Casanova o a Landa también supo incorporar a José Sacristán, otro actor de culto, con su famosa “cara de acelga”, al friso de sus arquetipos cinematográficos. Memorable sus “Solos en la madrugada” o “Asignatura pendiente”, crónicas exactas, de sincera ingenuidad, de todos aquellos años lamentables y esperanzados en los que comenzó a gestarse el biotipo del *progre* en los viveros ideológicos y políticos hispanos. Entiéndanse estos comentarios sin la menor carga derogatoria hacia Garci y sus colaboradores. Antes al contrario, como una tentativa para considerar un fenómeno tan contradictorio, singular y culturalmente insólito como el aquí apenas apuntado. Todo ello sin desmerecer el grandísimo talento y los muchos méritos de Garci ni de sus compañeros, incluidos los pedagógicos, la gran labor divulgadora que realiza en TVE con sus programas de Cine Club del espacio *Qué grande es el cine*

Al diván del más avezado y templado de los psicoanalistas le resultaría problemático, en cualquier caso, desentrañar, explicar y remediar tan extraños síndromes. Hubo críticos, columnistas o comentaristas que adquirieron cirrosis irreversibles o broncos enfisemas pulmonares en interminables veladas en el Boccaccio madrileño o en lugares similares, por la imitación inconsciente y recalcitrante de la inclinación al whisky o el cigarrillo perpetuamente instalado en la comisura de los labios de los Bogart y otros campeones cinematográficos de la botella y la cajetilla de Lucky Strike o Chesterfield. Algo similar a aquel *Douglas Fairbanks de guardarropía*, el *propietario* del cine de *Amarcord*, la obra maestra de Federico Fellini, con su gabardina a lo Bogart, que vestía y hablaba como los personajes cinematográficos de las películas americanas que exhibía. El Bogart de *Casablanca* –film de culto por antonomasia, cuyo protagonista había estado combatiendo en la guerra española al lado de la legalidad republicana– consumía cigarrillos incesantemente, al igual que otros actores y actrices del Hollywood dorado. Mas, ay, recientemente se ha conocido un estudio en EEUU divulgado por la Asociación del Pulmón Estadounidense, según el cual, industrias tabaqueras como la R.J. Reynolds contrataron a actores y actrices famosos para que fumaran en sus películas y en sus salidas nocturnas buscando la imitación de los adolescentes –y por tanto el consumo de sus cigarrillos– hacia sus héroes cinematográficos.

El músico Xavier Cugat portaba en su mano una pipa perpetua –que jamás encendía– de una de las más reputadas marcas angloamericanas, que pagaba al músico catalán ya desaparecido una buena cantidad de dólares por lucirla en todas sus comparecencias públicas, todo un precursor, un antecedente publicitario que se adelantó en décadas a los tocados de los pilotos de coches y motocicletas cuando se encasquetan la inevitable gorra con el nombre o el logotipo de su

*sponsor*. Algunos pagarían caro sus excesos, como aquel *calvo* –gran pionero también de la actual apoteosis de calvicies deliberadas que nos invade, sobre todo a través del deporte, el basket y el fútbol especialmente,– Yul Brynner, fumador empedernido que falleció de un cáncer de pulmón por causa del tabaco.

Los españoles, sobre todo las generaciones más jóvenes e ilustradas de los años sesenta y setenta, pronto se familiarizaron, gracias al cine, con los arquetipos del ecosistema informativo americano –mientras en casa consumían escépticos los ejemplares de la prensa tan rigurosamente vigilada– con las figuras del magnate de la prensa, el periodismo amarillo, el director de periódico, el *editor*, el *publisher*, el *managing editor*, el *reporter*, el corresponsal de guerra –el episodio de la muerte del periodista de *El Mundo* Julio Fuentes (los posteriores de Julio Anguita Parrado o el cámara José Couso), asesinado en un pedregoso camino de herradura en Afganistán, la impresionante oleada de solidaridad y veneración profesional que su muerte suscitó también tiene que ver en su origen con la admiración hacia el corresponsal de guerra y su arriesgada e intrépida existencia como arquetipo cinematográfico– el periodista comprometido, el investigador insobornable, el comentarista deportivo, el columnista corrupto, las reinas del *gossip*, que tan sorprendentes variantes han generado en nuestro país con la prensa y los programas radiofónicos y televisivos del corazón. Mac Luhan, en su obra *The Mechanical Bride – La novia mecánica* (la querida y desaparecida Carmen Rico Godoy regaló a este autor, hace ya más de cincuenta años, una valiosa edición de esta obra, que aún conservo) escudriñó en los efectos subliminales que los cachivaches publicitarios de los creativos de Madison Avenue ejercían sobre el desprevenido americano de a pie y por extensión, en los aún más desprevenidos ciudadanos del mundo que consumían sus productos *culturales*.

### **Los chicos de la prensa**

Algo parecido habría que decir de la influencia persistente del cine americano en la España famélica de la posguerra, la España incipientemente consumista del desarrollismo o la tenuemente preeuropea de los primeros años de la Transición. De todo ello da formidable cuenta el excelente trabajo de Juan Carlos Laviana, “Los chicos de la prensa” (Nikel Odeon, Madrid, 1996), un detallado, exhaustivo –y admirativo, como no podía ser menos– libro sobre la relación de la prensa y el cine y el tratamiento que éste último ha otorgado a la primera, sobre “cineastas y periodistas, una relación íntima”, como reza uno de sus capítulos.

Todo ello estaba presente –por supuesto, y sobre todo, en el film de Alan J. Pakula, *Todos los hombres del Presidente* (1976) interpretado por Robert Redford y Dustin Hoffman, que daban vida a Woodward y Bernstein– en aquella fidedigna recreación cinematográfica del libro del mismo nombre sobre el caso Watergate que provocó la dimisión de Richard M. Nixon. Woodward y Bernstein eran los héroes glorificados y exaltados por toda una generación de periodistas jóvenes españoles que tratábamos de emular sus hazañas, más cercanas al *cine negro* y la pesquisa detectivesca que a la estricta tarea periodística, que al modesto

redactor –ellos lo fueron antes, de la sección de local del *Post*– que escribe su crónica tras asistir a cualquier rueda de prensa ministerial y los ámbitos washingtonianos en los que ambos se movían deslumbraban a nuestros chicos de la prensa de entonces.

Años más tarde, este autor conocería y establecería una buena relación durante una visita de varios días a Madrid con Carl Bernstein, que relataría en un libro posterior las tribulaciones de su padre judío y sus propios problemas cuando se convirtió en una celebridad internacional, sobre todo al contraer matrimonio con una columnista gastronómica del *The New York Times* de la que pronto se divorció. Bernstein encajaba como una mano en un guante en el estereotipo de periodista americano, investigador, corresponsal de guerra o enviado especial y trotamundos, y sus conocidas tres *Dés* –*dípsómano, depresivo y divorciado*–. Bernstein dejó de beber tras haberlo hecho copiosamente, se divorció y combatió la depresión que le ocasionó su mal digerida notoriedad y sus sobresaltos y fracasos sentimentales con agotadoras sesiones de *pumping iron* en los gimnasios de pesas y aparatos de Washington y Nueva York. Posteriormente, cuando viajaba, siempre se hospedaba en hoteles en los que existiera un buen gimnasio dotado de aparatos y mancuernas para poder realizar en él su diaria tabla de ejercicios.

De la misma estirpe, de similar ánimo se pertrecharon Miralles y Arqués (caso GAL), Irujo, Macca y Mendoza –aunque éste último tuviera otros orígenes, también *informativos*, el espionaje militar, en su condición de antiguo colaborador y agente del CESID– (caso Roldán), o Ramón Tijeras, Díaz Herrera e Isabel Durán, o los incontables *scoops* de Rubio y Cerdán, y tantos otros, incluidos algunos de quien esto escribe.

El *periodismo de queroseno* –según expresión de Ben Bradlee, el director del *Post* que propició la investigación del Watergate– se armonizó con aquel juvenil furor investigador y el resultado es el conocido, con González como sorprendido y desconcertado protagonista, receptor y víctima de aquel diluvio de denuncias cuya etiología y diagnosis aquí descritas no supo desentrañar y sólo la interpretación reduccionista, infantiloides y paranoica de la historia que siempre nace del temor –*la conspiración republicana*– pudo aportarle una esquemática, interesada y falsa explicación de lo que ocurría. Y su pueril tozudez de negar la evidencia que todos conocían, arrojando sus negativas en un absurdo proceso de judicialización que acabó volviéndose contra él.

Otra cosa es que quienes pudieron sacarle del error, sus amigos mediáticos, no lo hicieran y sus enemigos políticos utilizaran aquel torrente de denuncias, que lo hicieron, sin duda con mucho aprovechamiento. Algún día acaso haya que escribir de ello para completar el cuadro de todos estos años. Pero no fueron los periodistas los instigadores de un fenómeno que brotó y evolucionó en buena medida por generación espontánea y a expensas de aquella deslumbrada devoción por el periodismo americano, donde sin duda también cuecen habas, como estamos viendo cada día desde que el mundo es aldea y la instantaneidad

informativa, la televisión y la Red de Redes ponen a nuestro alcance las páginas de *The New York Times*, por ejemplo, al mismo tiempo, incluso antes, por la diferencia horaria, que al de los lectores neoyorkinos.

Se diría que aquella absurda guerra mediática, y una vez dispersadas las brumas del fingimiento y las historias y biografías interesadamente escritas y reescritas, un observador imparcial habría discernido que se trataba de una cruenta pugna entre hijos y nietos, del franquismo por supuesto. Y con tal insistencia como si ambos grupos galoparan a lomos de tigres o estuvieran condenados a seguir pedaleando las bicicletas de sus propios rencores, miedos y ansias de *vendetta*. Sin que nadie tuviera el suficiente poder, ni el ánimo, ni la valentía ni por supuesto las ganas para parar, o, al menos, serenar aquellos cruentos rifirrafes que no decían mucho en favor de la “modélica” transición española y que *Le Monde*, entre divertido, desdeñoso y despectivo, llegó a calificar en diversas ocasiones como *Querellas de españoles*. Las heridas y los resentimientos eran demasiado hondos, demasiados periodistas perseguidos o represaliados, demasiados medios silenciados o a los que se les había cambiado súbitamente y desde el poder su metabolismo informativo y editorial –en línea y estilo de Torrijos–. De hecho, no ha hecho más que empezar, porque, hasta ahora, las bajas solo se cuentan en uno de los dos lados, en el de los que denunciaron tal cantidad de excesos, toda una recreación, en versión multitudinaria, del archicitado caso del sátrapa indio acostumbrado a degollar a los mensajeros portadores de malas noticias. El que quería salvarse ya sabía lo que tenía que hacer: falsear y endulzar las noticias, la información. Lo de siempre.

El gran escándalo organizado internacionalmente por la ocupación del diario independiente *Excelsior* por el PRI en México, no tuvo en España su equivalente con la destrucción del Grupo 16- un caso objetivamente mucho más grave que el del *Excelsior*, dígase ello a favor de sus astutos y resbaladizos responsables y en demérito de los políticos y periodistas españoles. González, tras entrar como elefante en cacharrería, hizo una tímida tentativa, siguiendo el consejo de algunas personas cercanas, de rescatar un clima de mejor entendimiento, como fue indultar al periodista deportivo José María García –uno de los comentaristas más críticos con el líder socialista– condenado judicialmente por una sentencia firme, pero no sirvió de mucho y desde luego no fue suficiente. Es de esperar que los nuevos dirigentes socialistas de nuevo en el poder en torno al presidente del Gobierno, Rodríguez Zapatero, no caigan en los mismos o parecidos errores. Este libro, lo que aquí se relata, está redactado con la intención, también, de obtener la consabida reparación y el desagravio hacia mi persona por los incontables operativos y persecuciones de las que he sido víctima, también con el ánimo de señalar tales comportamientos como mejor forma de evitar que vuelvan a producirse.

## **Deep Throat**

Y si la fuente principal, el informador misterioso de Woodward y Bernstein fue el aún hoy desconocido *Deep Throat*, también aquí en España hubo muchos *Deep Throats*. *Deep Throat*, *Garganta Profunda*, fue el nombre que en acta bautismal de la redacción del *Post* hacía alusión a un film porno de la época en el que Linda Lovelace hacía alarde de una curiosa malformación anatómica: tenía el clítoris en la laringe, en el lugar que ocupa la úvula o *campanilla* –una inadvertida y aciaga errata escribió *clítorix*, con X, la dichosa X del misterioso jefe de los *Escuadrones de la muerte* de la instrucción de Garzón sobre los GAL, que un Garzón tan distinto al de hoy, colocó en la solapa de Felipe González, en la primera novela de Juan Luis Cebrián, *La rusa*, lo que acarrearía burlas sin cuento al periodista y académico– y procedía en consecuencia: toda la película hacía incesantes alardes de su habilidad como pantagruélica *tragasables* (merced a las enseñanzas que un infante de marina le había proporcionado a la hora de controlar y ejercitar los músculos de la laringe) con una voracidad casi circense en la degustación más glotona de penes de todos los tamaños, formas y colores.

Linda Lovelace –recientemente fallecida y autora de unas curiosas memorias– era a la sazón una explosiva texana de 22 años que llegó a Nueva York en busca de fortuna, dispuesta a enrolarse en un espectáculo de *strip tease* y acabó interpretando un film porno cuyo coste ni siquiera llegó a los cincuenta mil dólares y una semana después de iniciar su exhibición en un cine de la neoyorkina Times Square, ya había recaudado más de un millón y medio de dólares y lograría sobrepasar en ingresos de taquilla a las pocas semanas a la formidable *Cabaret* de Bob Fosse. Nora Ephron, que pasa por ser la *Tom Wolfe del feminismo americano*, una cronista –escritora de notable relieve, entrevistó a Linda Lovelace y produjo uno de esos textos inolvidables no sólo para los anales del feminismo más activo– que ella profesa-sino para los del Nuevo Periodismo americano. (En una de las escenas del film, la Lovelace utiliza un consolador de cristal que un ocasional amante rellena con coca-cola. La secuencia recuerda el episodio que protagonizó una de nuestras *celebrities* televisivas quien, según un colega y amigo de la estrella que propaló la anécdota, en un momento de apuro, utilizó una botella de cola a modo de consolador que ubicó en salva sea la parte y, desconociendo la física más elemental de vacíos y fluidos, aterrorizada, hubo de llamar a un médico de urgencia al advertir que resultaba imposible extraer el envase de su cálido alojamiento. El médico se topó con la *starlette* en tan embarazoso trance y solventó el problema rompiendo el cristal y permitiendo que el aire hiciera el resto y liberara el cuello de la botella del amoroso *cepo de Venus*)

También en España hubo *Deep Throats*, decíamos. La entrañable Pilar Urbano, cuya honda y sentida religiosidad como miembro numerario del Opus Dei es de todos conocida, trató de popularizar una traducción personal de la expresión *Deep Throat* como *El Ronco*, despojando al *nick* de toda connotación procaz o pornográfica, pero la encomiable y animosa tentativa de Pilar de sustituir tan extravagante ubicación de un órgano sexual por una más leve e inocente patología de las cuerdas vocales no prosperó, y el nombre se afianzó definitivamente en España como *Garganta Profunda*.

El caso GAL tuvo también su misterioso *Deep Throat*, acaso el personaje que informó a los reporteros Miralles y Arqués sobre el lugar donde hallaron el “zulo” de los GAL con armas y material diverso, para orientarlos hacia José Amedo como pieza clave de la organización antiterrorista y también otros, como el supuesto y desconocido dirigente del PNV que aportó los primeros datos y lugares de la historia y que hizo pensar a más de uno en la famosa frase de Xabier Arzalluz, en un encuentro con representantes de ETA en 1991, cuando acuñó aquella legendaria frase de la necesidad de mover el árbol –atentados de ETA– para que caigan las nueces, y les aseguró que *el enemigo a batir es el PSOE*.

En este punto conviene detenerse en el itinerario profesional de Melchor Miralles, principal animador de los equipos de investigación de *El Mundo* y, posteriormente, transformado en director de El Mundo TV, la muy rentable división televisiva de su Grupo editorial –una de las actividades económicamente más exitosas del Grupo– que ha aplicado su reconocida destreza como investigador al campo televisivo, con resultados sorprendentes. Como, por ejemplo, el estruendoso caso descubierto por Melchor y su equipo en torno al fraude de Miss España, trabajo en el que, paralelamente, aparecieron ante los investigadores cosas tan divertidas como inesperadas.

Y también tuvo su *Garganta Profunda* el caso Roldán, el que reveló el nombre de la sociedad instrumental del ex director de la Guardia Civil en la que tenía escriturados sus bienes, *Europe Capital*. Al margen de la gran destreza investigadora que demostraron los informadores que desvelaron el caso en Diario 16, a partir de noviembre de 1993, las más de cien portadas del periódico con informaciones exclusivas, el caso Roldán surge, como todas las grandes historias, y según interpretación de algunos de los investigadores, como una emanación interesada nacida de la confrontación por el control de la información y los servicios de inteligencia entre el entonces vicepresidente Narcis Serra y Luis Roldán por un lado y el ministro del Interior, José Barrionuevo y su secretario de Estado, Rafael Vera, por otro, con un González asténico, inmóvil, despistado, dejando hacer oculto tras la inmovilidad disfrazada de ambigüedad calculada.

Aquel clima profesional ingenuamente intrépido inspiró el trabajo extenuante y detallista, auténticamente detectivesco, de aquel grupo de investigadores que emulaban, también en parejas, a Woodward y Bernstein como antes, otros, imitaban la voz del actor que doblaba a Bogart o su gestos, incluso aquel *tic* labiodental que fruncía su boca –Woody Allen lo parodió, como ya se ha dicho, de forma hilarante en su genial interpretación de crítico de cine e imitador de Bogart en el film *Play it again, Sam, Sueños de un seductor*– cuando llegaba a consumir con ansia las colillas de cigarrillos (*bogarting*, jocosa expresión de algunos *hippies* californianos de los sesenta y que aún hoy se puede encontrar en algunos chats de Internet frecuentado por fumadores de *María*, cuando alguien monopolizaba y apuraba hasta las heces el comunitario *joint* de marihuana que circulaba de mano en mano en una *rueda* de fumadores en torno a una hoguera junto al mar) y buscaban con entusiasmo sus propios *Watergates a la española*.

Se adiestraban en la suerte leyendo los textos *ad hoc*, las investigaciones y los libros del alemán Günther Walraff, *el periodista indeseable*, un clásico con quien este autor colaboró desde Cambio 16 con algunas informaciones compartidas sobre el Portugal del general Spínola y mucho antes de que se desvelara que en realidad era un *topo* de los servicios secretos de la Alemania comunista del otro lado del Muro. Al igual que en alguna otra ocasión también este autor contó con el auxilio de Phillip Agee, un ex agente de la CIA que se pasó con armas y bagajes a las filas del castrismo, editor de un boletín confidencial, *Covert Action*, hoy respetable empresario establecido en La Habana que se ocupa de actividades relacionadas con intercambios comerciales y turísticos con los Estados Unidos. Aunque algunos observadores cubanos también llegaron a sospechar si Agee no era, a su vez, el antiguo agente de la CIA incrustado en la isla.

O el libro *Investigating, reporting and editing*, del ya desaparecido Paul Williams, un premio Pulitzer que fundó la IRE, *Investigation Reporters and Editors*, la primera asociación de periodistas de investigación en Estados Unidos, asociación que tenía sus propios mandamientos y códigos éticos. La pasión por la verdad, un alto sentido moral, ético –*Essence of morality about our society*– la defensa de los débiles, el escepticismo, la incredulidad, el trabajo arduo y sistemático, según los recetarios del propio Williams, eran algunos de los supuestas reglas del código que habría de seguir todo buen investigador. Nada parecido al degradado ambiente moral que, por causa de la invasión brutal por parte de los propagandistas políticos, impregna en estos días de turbación el periodismo profesional en España. Pues hoy, tal como están las empresas periodísticas en España, el periodismo de investigación, salvo casos contados, ya es casi un reliquia del pasado.

Así se llegó donde se llegó y gracias en gran medida a la permisividad ingenua y libertaria de un editor tan singular como Juan Tomás de Salas en cuya Casa, el Grupo 16, surgió el semillero principal de toda aquella juvenil generación de sabuesos e investigadores.

Los granos de arena correspondientes los pusieron tantos profesionales, entre ellos un director de periódico tan inusual, de características profesionales y personales tan especiales como Pedro J. Ramírez, él mismo, tras su paso por Estados Unidos como profesor de lengua española en una pequeña universidad USA, tan impregnado en un principio de aquella veneración por el *american way of life*, que administró y aclimató su existencia profesional, a lo largo de más de una década en torno al caso GAL, entre otros.

No cabe duda que tanto Felipe González –también un adelantado en la izquierda española en torno a los Estados Unidos.

Suya fue la frase según la cual, con buen sentido, prefería correr el riesgo de recibir una puñalada en el metro de Nueva York, a vivir en la más lujosa de las *datchas* del Moscú soviético– como su equipo atribuyeron en buena medida su salida del gobierno en 1996 y la raquítica victoria del PP de José María Aznar a la

prensa más crítica y a los comentaristas que más se habían significado en la denuncia de los casos de corrupción y las acciones de los GAL. Encerrar el complejo y esclarecedor mundo apenas sugerido en estas páginas en explicaciones esquemáticas como la de la conspiración puede servir momentáneamente para el linchamiento ocasional de los periodistas, para escenificar un nuevo episodio del ya citado ejemplo del sátrapa indio pero no para explicar lo sucedido.

No opinó así José María Aznar, quien, como ya se ha señalado, pocos meses después de llegar al Palacio de La Moncloa, con aire de pausada autosuficiencia y mientras fumaba con delectación un perfumado y petulante *habano doble corona* (¿Estaba en sus primeros momentos Aznar influido por el estilo González, le imitaba subrepticamente? Muchos creen que sí, con alguien de personalidad tan singular como Felipe González –veáse aún el caso de Rodríguez Zapatero– con una presencia tan dilatada en el poder, de más de trece años. No sólo en los habanos, también en sus giros fonéticos, en la entonación de sus discursos, en alguien sensible a las influencias ajenas. Recuérdese la famosa rueda de prensa compartida con Bush en su rancho de Texas, el extraño acento texano que lució el presidente español) le hizo saber a un reducido grupo de periodistas que la victoria electoral, tras más de trece años de gobiernos socialistas, se había producido únicamente por su labor histórica como líder del centro derecha que había sido capaz de renovar y modernizar la antigua Alianza Popular y convertirla en el PP, partido del centro reformista, reencarnación de la desaparecida UCD, “partido reformista, progresista, moderado e interclasista”, según las etiquetas político-ideológicas que, como a un baúl viajero, le había colocado su fundador Adolfo Suárez. A los periodistas que ejercieron la crítica en los últimos años de los gobiernos socialistas, frente al *Sindicato del crimen*, Aznar les adjudicó la suya propia: *el ejército de Pancho Villa*. Y acto seguido procedió a su su inmediata disolución y deconstrucción.

Paralelamente, la misma fórmula empleada en el partido –la famosa *efebocracia* de Aznar– de buscar dirigentes a ser posible por debajo de los cuarenta años y producir el célebre relevo generacional *manu militari*, lo mismo que había hecho en el partido lo trasladó a la prensa y no había más que ver las ruedas de prensa o los pasillos del Congreso de los Diputados para advertir el cambio. El respeto hacia las canas y la experiencia, tan valoradas en cambio en la prensa americana, en cuyas televisiones abundan los comentaristas sexagenarios y septuagenarios, aquí, donde se busca obsesivamente la obsequiosidad del periodista por parte el gobernante de turno, no se produce.

Incluso sus equipos más próximos comenzaron a preocuparse en exceso por el aspecto, el atuendo y la silueta –*estás muy gordo, adelgaza*, comentaría Aznar, entre bromas, a algún informador poco preocupado de su línea– lo que motivó los jocosos comentarios de un columnista explicitando el equívoco: confunde las calorías con las neuronas.

Divertida historia, en cualquier caso, si no hubiera tenido consecuencias dramáticas, trágicas en muchos casos, para tantos informadores y comentaristas. Como el que suscribe.